



ROMANCE JUVENIL UNIVERSITARIO
Y PASIÓN CON SU MEJOR AMIGO

ANTES DE VERANO

MARTA ESCUDERO



ANTES DE VERANO

*Romance Juvenil Universitario y Pasión con su
Mejor Amigo*



Por **Marta Escudero**

© Marta Escudero 2017.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Marta Escudero.

Primera Edición.

Mañana termina el curso y yo, Marta, todavía tengo el corazón dividido. Llevo 3 años enamorada de Francisco — Fran para los amigos —, mi mejor amigo, y por supuesto, aún no le he dicho nada. Le he visto pasar por dos novias, no quiero saber cuantas conquistas de una noche, y nadie ha hecho nunca nada. El miedo al rechazo es demasiado fuerte.

Así que cuando el último día decido hacer la cosa más infantil del mundo a mis 21 años, y termino dejándole una carta en la mesa despidiéndome, lo último que esperaba era que terminase invitando a tomar algo con él.

Ese “algo” terminó convirtiéndose en una noche a su lado. Y sí, eso incluía sexo. Mi sueño hecho realidad, únicamente para ver cómo se rompía ante la perspectiva de un verano que nos separaría.

O eso pensaba yo, ya que al despertar juntos, mientras yo procesaba la “cruda realidad”, él se preparaba para ofrecerme algo; subir en su moto e ir a su casa de verano, a pie de playa, juntos.

Advertencia: Un romance juvenil cargado de emociones, pasión,
sexo y sinceridad.

Dedicado a;

Marta, por cuidar de mi hermano.

Mario, por inspirarme a ser más.

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi boletín informativo y
conseguir libros gratis**

Mañana es mi cumpleaños número veintiuno. Debería de estar emocionada, muchos lo esperan con ansias. Yo ya no lo sentía de ese modo, pues después de la muerte de mi madre se volvió una fecha muy deprimente, hasta el punto de casi odiarlo. No me gustaba sentirme así.

Sabía que si mi mamá pudiera verme, trataría de animarme para que continuara adelante con mi vida. Ella se emocionaba mucho celebrando mis cumpleaños. Le encantaba consentirme en aquellos días especiales con lo mejor que sabía cocinar: grandes pasteles de chocolate, fresa o ambos.

Adoraba su sabor, recuerdo que siempre trataba de probar la cubierta de chocolate que rebosaba antes de picar el pastel, y mi madre siempre me capturaba en pleno acto. No entiendo cómo es que se daba cuenta tan rápido. ¡Mi madre era increíble!

Pero esos días se acabaron hace un año, cuando recibí la noticia de parte de mi padre sobre la muerte de mi madre. Fue el peor día de mi vida. Yo me encontraba en clases y después de la llamada me fui corriendo hasta el hospital, quedaba a unas calles de la universidad.

Encontré a mi padre en la entrada, me estaba esperando. Mi madre había fallecido entre la llamada y el tiempo que me tomó llegar al hospital. Me derrumbé por completo, quedé desolada. No pude ayudar a mi padre con los preparativos del funeral. Me alejé de todos, creé una burbuja personal.

Estoy encerrada en mi cuarto recordando aquellos momentos junto a ella. En la mesa tengo dos cartas: una para mi madre, donde le escribí todo aquello que me hubiese encantado hablar con ella, y otra para alguien muy especial para mí. Una carta la cual no terminaba de escribir.

Siendo sincera, solo tenía el encabezado, no sabía cómo continuar. La única persona con quien he mantenido contacto, además de mi padre, ha sido Francisco.

Francisco y yo tenemos más de cinco años de amistad, de hecho, nos consideramos los mejores amigos. Pero la verdad, mi perspectiva hacia él ha cambiado en los últimos años. Por primera vez un hombre llama mi atención

de tal manera.

Desde el primer día que lo conocí me encantó, y mantuve la esperanza de gustarle un tiempo, pero su trato y comportamiento me demostraron que era (y sigue siendo) unilateral el sentimiento. No soy de fijarme en cualquier hombre guapo, antes pensaba que todos eran unos patanes, pero es increíble el impacto que él causó en mí.

¿Cómo le explicas a tu mejor amigo que tienes años enamorada de él?

Hace un momento llamó para preguntarme cómo me siento. Sabe que estos días son difíciles para mí, y estoy muy agradecida por ello. Sin embargo, no puedo evitar pensar que mi madre estaría enojada al verme.

Lo he pensado, y quizás ya es momento de seguir adelante. No quiero seguir recordando a mi madre con tristeza, ella no se merece eso. Por ello había decidido escribir la segunda carta: deseaba plasmar todo lo que sentía por él, sacarlo todo.

Necesitaba un medio para decirle lo que sentía a Francisco, nunca me había atrevido de hacerlo en persona. Creí que sería sencillo, pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

Estaba hastiada de estar en la *friendzone*, viendo como pasaba de novias, "amigas" y mujeres de una sola noche, mientras yo aquí; siendo la del despecho, la que escuchaba sobre Luisa, Andreina, Mariana, Claudia, o cómo fuese que se llame la chica de turno, para aconsejarle qué hacer con cada una, pero nunca siendo yo la protagonista.

Ha sido una pesadilla tener que aguantarme las emociones de sus relaciones inestables. La primer relación amorosa seria que tuvo me afectó muchísimo, porque prácticamente coincidió con el fallecimiento de mi madre. El momento en el que más lo necesitaba.

Hace unas semanas celebraron su primer aniversario, y sigue siendo difícil para mí verlo acompañado por Verónica, su novia, como tórtolas estúpidos, repartiendo su amor por todos lados, tomados de la mano o dándose besos en cualquier lugar. Son inevitables estas escenas. Por ello mi relación con Francisco menguó hasta al grado de huir cuando los veo juntos.

El reloj marca las doce y diez, oficialmente había comenzado mi cumpleaños. Tenía mi móvil apagado, no quería recibir ni llamadas, ni mensajes, ni ningún tipo de felicitación.

Mi compañera de casa Ángela entró a mi habitación a desearme feliz cumpleaños, y algo en mi rostro debió avisarle que algo ocurría, porque se me arrojó encima y me dio un fuerte abrazo de oso. Se quedó conmigo hablando, con su ayuda pude adelantar un poco la carta.

Eran las tres de la mañana y yo sólo esperaba que estas páginas fueran suficiente para apaciguar lo que sentía por él. Tenía meses tratando de terminar esta carta, y al fin lo logré.

En ella le explicaba mis sentimientos a Francisco, como había sido mi amor platónico durante estos tres años, cuanto me habían dolido sus relaciones y cuanto me dolía el hecho que siempre me vería como su mejor amiga y nada más que eso. Era hora de dormir y dejar las cosas en las manos del destino. Mañana encontraría el valor para entregarla.

* * * *

Hace algunas horas amaneció y yo aún sigo metida en la cama, cubierta con mi sábana de pies a cabeza. Lo único en lo que puedo pensar es que ya pronto llegan las vacaciones. La clase de esta tarde será la última del mes, y luego de eso tendré dos semanas para perderme en mí y descansar de todo.

Son sólo dos semanas, pero para mí, una asidua lectora y amante de las películas, es demasiado tiempo. La universidad absorbe todo mi tiempo, dejándome muy poco para disfrutar del placer de un buen libro.

Son casi las 12, por lo que decidí enfrentarme al destino y encender mi móvil. El buzón tenía algunas felicitaciones de mis familiares y amigos, tanto en los SMS como en las redes sociales. Después les responderé, por ahora quiero seguir acostada, disfrutando la tranquilidad de mi cuarto hasta que sea la hora de irme a la universidad.

Mi móvil vibró, un mensaje nuevo. Era Francisco.

Buenos días cumpleañera, espero que estés presentable, porque necesitamos hablar y estoy en camino. Así que despierta y alístate para mí

¿Presentable? ¿A qué se refería? es obvio que no, es mi cumpleaños y no debo estar en la universidad sino hasta las tres de la tarde. Tocarón la puerta, tal vez sea mi padre, sorprendiéndome con una visita rápida, ya que Ángela se fue temprano a la universidad.

Me levanto con lentitud, pero seguían tocando el timbre insistentemente. Abro la puerta rápidamente, esperando sorprender a mi padre con mi aspecto, pero... no puedo creer a quién veo en su lugar: Francisco estaba frente a mí, riendo a carcajadas al verme y con un regalo muy llamativo escondido entre sus manos.

—¡Feliz cumpleaños Marta! —clama Francisco, y repentinamente se lanza sobre mí para abrazarme.

¡Estoy totalmente avergonzada! Aunque Francisco y yo hemos convivido ya muchos años, todavía detesto que me vea tan desarreglada, especialmente hoy, ya que el shock de la situación no hace mucho por disimular la melancólica que me produce pensar que mi madre ya no está.

—Gracias Francisco... —Finalmente respondo y también lo abrazo cariñosamente.

—Por nada linda. Y hey... —Toma una de mis manos, y coloca lentamente la pequeña caja en ella— Mira, traje esto para ti.

—¡Oh, gracias! ¿Qué será? —Clamo algo entusiasmada. No suelo aceptar regalos este día, pero recordé que también había decidido cambiar algunas cosas. Abro rápidamente el regalo, emocionándome un poco más y veo que es un hermoso reloj color plata con algunos que otros brillantes. Evidentemente quedé fascinada. —¡Qué hermoso! ¡Me encanta! Gracias... Sí que tienes talento para estas cosas, casi me haces sentir mal por el abrigo barato que te di en tu cumpleaños

Francisco sonríe.

—¡Sabía que te iba a encantar! Oye Marta, sé lo difícil que puede ser este día para ti, hasta me imagino tus planes para este fin pero... hoy quiero que aceptes mi invitación.

— ¿Invitación? ¿A dónde? —Respondo confusa. Francisco no suele ofrecer invitaciones así... Siempre vamos a salidas planeadas por nuestro propio grupo de amigos ¿qué rayos estaba sucediendo?

—Eso es una sorpresa. —dijo, con una inmensa sonrisa.

—Uhhmm... Bueno... Pero sólo por un rato. No tengo muchas ganas de celebrar nada, la verdad.

—Justamente por eso es que quiero que salgas de este encierro —dijo, frunciendo ligeramente el ceño—. Y sí, con un rato es suficiente. Vamos, te va a gustar.

— Oye... ¿y Verónica? ¿No pensará mal si salimos solos tú y yo?

— Ella no es importante en este momento, hoy es el cumpleaños de mi mejor amiga y no podemos pasarlo por alto. Y tú me necesitas con urgencia para distraerte. Además, ella sabe lo mucho que te aprecio y cuán importante eres para mí.

—Yo también te aprecio muchísimo Francisco... Gracias. —¿Ella no es importante? Como desearía que esas palabras fueran ciertas. Lo miro fijamente a los ojos, él también me mira, pero su mirada es cariñosa, protectora... en fin, la mirada de un hermano.

—Para eso somos los buenos amigos... ¡Bueno! Creo que ya deberíamos irnos, se hace tarde —clama y me hala una vez más de la mano, mientras yo sigo ocultando mi decepción, preparándome para volver a mi rol de amiga.

—¡Espera! ¡No saldré en pijamas!

—Y tampoco con esa melena de León —bromea, y enseguida voltea hacia el espejo del salón y rio a carcajadas mientras veo mi desastroso cabello color castaño claro, y mi rostro pálido.

Al ver mi reflejo me doy cuenta que en mis ojos se nota que he llorado. No puedo seguir destruyendo mi vida poco a poco, sé que debo seguir y superar esto por mucho que me cueste.

El apoyo de Francisco me entusiasma mucho más. No me explico cómo la sola presencia de una persona puede iluminar mi mañana así, aunque sea momentáneamente.

Esto estaba muy mal, las señales de peligro sonaban por toda mi cabeza: cada vez me apego más a él, en lugar de alejarlo. Deberían darme un premio al masoquismo.

Le volví a preguntar por Verónica en el coche, ya que después de alistarme me insinuó que se encontraría con nosotros.

—Ella también tiene un regalo para ti, pero me pidió que te lo entregara yo, con una sincera disculpa de su parte, no se siente muy bien hoy. Me dijo que tú entenderías, que está en esos días.

—Oh... Sí, entiendo. Y... ¿cuál es el regalo? Espero que sea igual o por lo menos la mitad de lindo que el tuyo. —bromeo en un tono ligeramente sarcástico. La verdad es que no quería nada de ella.

—Tendrás que esperar a llegar para saberlo.

Seguí insistiendo todo el trayecto, pero no soltó ni una sola pista de qué era. Aparqué frente a una inmensa tienda de ropa. Bajamos del coche y mire hacia todas partes, tratando de comprender cuál era mi regalo, hasta que entendí: Francisco se había adelantado mientras yo estaba distraída, y me hacía señas para que entrara con él. Siempre había querido comprar algo allí sólo por el placer de hacerlo, pero era algo costosa para mi presupuesto.

—Este es el regalo —dijo Francisco, sonriéndome—. Ropa, ropa y más ropa. Quiero que escojas algo lindo para hoy. Por supuesto, eso incluye zapatos y ropa interior.

Cuando dijo eso me sonrojé. Siempre he creído que tengo un lindo estilo, un poco infantil para mi edad, pero que me gusta. Claro, tampoco es que haya tenido mucho dinero para ampliar mi guardarropa y eso de comprar no es precisamente mi talento. Pero me deshice de esos pensamientos y me deje

llevar por la emoción mientras recorriamos la tienda. Mi instinto de compradora se hizo presente

No sabía ni por dónde empezar, así que decidí que lo último que elegiría sería la ropa íntima. Paseamos por toda la planta, no me decidía por nada, todo me encantaba.

Después de la cuarta vuelta se redujo la selección a dos conjuntos: un vestido tipo cóctel, mientras que el otro conjunto consistía en un vaquero vino tinto y una camisa negra. Justo antes de entrar al probador, me topé con la chaqueta más linda que había visto en la vida, así que la tome y me la llevé también.

Le modelé ambos conjuntos a Fran, con más entusiasmo por la ropa nueva que vergüenza. Ambos me encantaron y la chaqueta hacia que lucieran aún mejor. Al notar mi indecisión me dijo que los llevara los dos: uno era el regalo de Verónica, y el otro de su parte, lo cual rechacé totalmente.

—No, Marta —dijo, con una expresión algo seria para mi gusto—. Esta es mi manera de decir “Lo siento”. Desde que nos conocimos nunca te he dado un buen regalo de cumpleaños. Incluso el reloj fue más algo que escogió mi madre que yo.

Renuevemente acepté, luego de eso pasamos a los zapatos, lo cual realmente sencillo: en cuanto llegamos a esa sección puse el ojo en unas botas increíbles. Nada las superaba y lo mejor es que se ven bastante bien con el vestido.

Ya no había más escapatoria, la última estación: ropa íntima femenina. Me ruboricé nada más al entrar. La mayoría de mi ropa en casa era de colores claros, así que mis preferencias iban hacia un sostén y panties blancos.

Encontré unos blancos de encaje súper lindos, pero entonces vi el rostro escéptico de Francisco... Me arrastró al otro lado, donde estaban las prendas más pícaras, y eligió un conjunto rosa y negro de encaje casi transparente.

—Con esto sí seduces a un hombre, no con esas cosas puritanas que te hacen parecer madre de la caridad. Necesitas salir de tu zona de confort. Ahora dime tu talla de sostén.

—¿QUÉ, QUÉ?!

—Tu talla de sostén Marta, sí no cómo voy a saber cuál te va a quedar bien.

Si ya anteriormente estaba roja de vergüenza, ahora debían pensar que era un tomate. Lo ignoré y busqué nuevamente lo que había escogido originalmente, luego de eso lo arrastré por el brazo hasta la caja.

Durante todo el trayecto no dejó de burlarse de mí, ni de llamarme puritana, infantil y demás. Nos fuimos. Yo todavía debía asistir a la última clase del semestre, así que me dejó en la universidad luego de explicarme que dejaría las compras en mi casa, antes de ir a casa de Vero a ver cómo se sentía.

Caminaba como en las nubes, mis pies sabían el camino, pero mi mente se encontraba muy lejos, imaginando como sería la cena. Con todo mi corazón esperaba que Verónica no pudiera ir, pues aún tenía la carta que le escribí en la noche.

Había decidido tras pensarlo con detenimiento que lo mejor sería dársela cuando terminaran las clases, de forma que cuando la leyera yo ya estaría muy lejos, en casa de mi padre, y quizás, sólo quizás, me libraría de la incomodidad del momento.

Admiraba a mi padre, me había enseñado a ser más fuerte, y sobre todo entender que la muerte es parte fundamental de la vida, ambas van ligadas a la cotidianidad, aunque no lo veamos.

Había pasado mucho tiempo explicando que no porque mi madre se hubiese ido muy temprano de mi vida tenía que seguir sufriendo. Debía avanzar y continuar con mi vida. Era el discurso que todos repetían, pero ¿cómo hago para no extrañarla en mi primer cumpleaños sin su compañía?

Mi estómago me recordó que no había comido nada, pues con la visita sorpresa de Francisco y la visita al mall, apenas alcancé a desayunar una barra de cereal y un vaso de leche. Pasé rápidamente por la cafetería de la universidad, ya que aún tenía media hora antes de la clase.

Compré un emparedado y una soda, y como obsequio de mí para mí,

elegí un muffin de chocolate con relleno de chocolate. Mientras comía empecé a fantasear con la salida de esta noche. No sabía qué esperar, pero sí que era mi cumpleaños y que quería disfrutarlo, pasarlo realmente bien.

También sabía que si Verónica iba no lo iba a disfrutar mucho. Siempre estaba guindada de él, como una especie de koala con mucho maquillaje. Mientras más la quitaras, más espacio ocupaba, un vivo ejemplo de cómo ser un perrito faldero, aunque claro, debo admitir que si estuviera en su lugar tal vez haría lo mismo. Miré el reloj, ¡y ya era tarde! El aula se encontraba en el otro extremo de la universidad, debía correr.

Llegué justo a tiempo a la clase, era la última del semestre, la mayoría de mis compañeros se habían anticipado a los resultados de sus exámenes y no asistieron. Bueno, en realidad esta materia tenía pocos alumnos, la mayoría la odiaba.

A mí por el contrario me encantaba y más porque la daba uno de mis profesores favoritos. Había tomados todas sus clases, era su mayor fan, por decirlo de algún modo. Tanto que al escucharlo hablar siempre olvido mis preocupaciones. Tropecé con uno de mis compañeros al entrar como un bólido al salón.

El profesor llegó con diez minutos de retraso, y creo que se debió a que venía cargado con todos los reportes y exámenes que habíamos hecho a lo largo del semestre. Aprobé su materia con un nueve. De hecho, todas sus materias las había pasado con la misma nota, y me dio tanta curiosidad que la tercera vez que sucedió se lo pregunté directamente

—¿Por qué un nueve? Le he entregado todo, y siempre me coloca diez —pregunté—. No entiendo, profesor.

—Por una simple razón —dijo con su pausada voz, mirándome profundamente a los ojos—, y es que yo sé que puedes seguir superándote, y mucho más ahora que estás pasando por este trágico momento. Tienes que continuar con tu frente bien en alto, aprovechando las oportunidades que la vida te está dando. El nueve representa donde estás ahora. ¿Quieres ser una chica de nueve o de diez?

Al parecer seguía siendo una chica nueve, y eso debía cambiar. Estaba

harta de siempre estar relegada a ser una co—estrella en la película de mi vida, era el momento de tomar las riendas de la situación. Debía hacer algo radical y ya sabía por dónde empezar.

—Es momento de un nuevo comienzo, una nueva Marta —me dije en voz baja, pensando que tenía todo el verano por delante para arrepentirme, y que le entregaría la carta a Francisco esta misma noche.

¡Es más, si estamos solos se lo diré yo misma! Ya ni siquiera me importa su respuesta, sino ser capaz de expresarme. Este va a ser el mejor cumpleaños de todos.

* * * *

Ángela ya estaba en la residencia cuando regresé. Eso me reconfortó, pues necesitaba su ayuda si quería hacer todo lo que me había propuesto. Tenía poco tiempo para arreglarme, Francisco pasaría buscándome a las nueve y ya eran las seis. Con la ayuda de mi compañera pude terminar a tiempo.

Me corté el cabello: algo sencillo, pero muy diferente a lo usual. Hasta ahora solía llevar el cabello largo y lo más natural posible. Hoy lo corté más o menos hasta mis hombros, bajando en capas que resaltan el fleco. En cuanto a la ropa, escogí la chaqueta pues siento que va más conmigo.

Por supuesto, también el vaquero, la camisa y las botas. Me veía y sentía fabulosa. Por primera vez estaba saliendo de mi zona de confort y me sentía bien con eso; por primera vez en este año me sentía emocionada.

No era muy diestra en cuestión de maquillaje, pero con la ayuda de unos tutoriales que encontré por YouTube, y mucha ayuda de Ángela, pude lograr verme bastante bien.

Nos enfocamos en mis ojos, los delineamos un poco, de forma que se viera simple pero atrevido. También ricé mis pestañas, ya que Ángela insistió en que así Francisco caería rendido ante mis color avellana. Un labial rosa culminó la obra. ¡Estaba lista!

Ángela estaba más nerviosa que yo, al punto que me prometió esperarme despierta para que le contara absolutamente todo lo que pasara. Me causaba un poco de risa, pero a medida que la hora llegaba, de alguna forma intercambiamos lugares. ¡No soportaba la tensión! ¡Apresúrate, Francisco!

Afortunadamente para mis nervios, Francisco fue puntual. A las ocho y cuarenta estaba tocando a la puerta. Tenía una suave sonrisa, sin embargo lo conozco lo suficiente como para saber que algo le sucede y trata de ocultarlo.

Le pregunté por Verónica, como por instinto, y me dijo que no estaría con nosotros, pero su expresión dio a entender otra cosa; algo más había sucedido. Me alegró un poco la idea de salir los dos solos, pero el entusiasmo duró poco: su aflicción hizo que la burbuja de alegría se desinflara lentamente, hasta el punto de que estaba más deprimida que nerviosa de nuevo cuando llegamos al coche.

* * * *

—Estás muy callada, ¿te preocupa algo?

Negué con la cabeza, estaba a punto de llorar. No podía creer que justo ahora me desmoronaba como una galleta.

—Marta no puedes seguir así. Sé cuánto amabas a tu mamá, pero ella no habría querido que estuvieras viviendo en el pasado. Tienes que vivir el presente, disfrutar todas las cosas que la vida nos da, por favor. Hoy es un día para que estés alegre y disfrutemos. Así nada de caritas tristes, vamos a comer y luego al bar a cantar karaoke.

—Yo disfruto si tú dejas de estar tan extraño. Ni tu actitud ni la mía son las más apropiadas para una celebración. Creo que lo mejor es que me regreses a casa.

—Tienes toda la razón, me he estado comportando como un idiota. Se supone que esta noche salimos a disfrutar, y mañana lo que Dios quiera.

Algo había sucedido que no me quería contar, obviamente. Estuvimos charlando todo el rato, y poco a poco nos animamos. Creo que ambos necesitábamos esto. Francisco me llevó a mi restaurante favorito, “Caprice”, un restaurante italiano en el centro de la ciudad.

Amo la comida italiana: las pastas y salsas más que nada, pero también su sazón y color en general. Había hecho reservación desde hace algún tiempo, al parecer. Moría de hambre, así que ordené un enorme y delicioso plato de ravioli de carne en salsa roja, y él una pizza individual, junto con una ensalada como aperitivo para ambos.

Hablamos del tiempo, de su último partido, del libro que estoy leyendo... ¡Teníamos mucho sobre lo cual ponernos al día! Se animó mucho cuando habló de lo que haríamos en las vacaciones: Él se iría a pasar esas semanas en la casa de playa de su familia, mientras que yo aún no decidía qué hacer, si pasarlas sola en casa o ir a ver a papá.

—Entonces me puedes acompañar, Marta. Estaré sólo unos días, quizá más, ya que mis padres no irán hasta el día de las fiestas en el pueblo. Podrías quedarte conmigo, aunque sea una sola semana —Su expresión era casi una súplica mientras me invitaba.

No respondí, aunque obviamente me encantaría ir con él. El problema es que no creo que pueda soportar estar con Verónica, ya que imagino que estaríamos los tres solos en esa casa. No sólo tendría que soportarla a ella, sino a ella con él. Su mirada seguía siendo implorante.

—Lo pensaré, pero no creo ser la mejor compañía. Estoy segura que con Vero la pasarás mejor, de todas formas, es tu novia, así que me imagino que ya la habrás invitado. Yo solo sería una molestia entre ustedes.

—Verónica no irá, ya no somos pareja —dijo Francisco, cabizbajo.

—¿¿QUE?! Pero, ¿qué paso? No entiendo, hace unos días estaban bien, ¿no?

—Este no es el momento Marta, después hablaremos de ello. Por eso te pido que me acompañes unos días, no quiero estar solo.

—T—tengo que pensarlo, aunque si me cuentas lo que pasó, es posible

que me convenzas. —Por supuesto, lo único que quería era saberlo TODO. ¡Francisco está soltero!

Hubo un brillo perspicaz en su mirada, pero se negó a seguir hablando del tema. Terminamos de comer y compartimos un brownie con helado. No estaba segura de si quería ir al bar, pero Francisco me insistía en ello.

Estaba por decirle que no bebería mucho, que se aburriría, y todas esas excusas que siempre ponía, pero antes de abrir la boca recordé mi promesa de esta tarde: “sal de tu zona de confort” seguía dando vueltas en mi cabeza.

Llegamos al bar, el cual estaba completamente lleno. Francisco se animó un poco cuando pedimos la primera ronda, con la sensación de que sería una buena noche. No estoy muy acostumbrada al alcohol así que su efecto fue prácticamente inmediato y la tercera ronda estaba algo desinhibida y suelta, mientras que Fran seguía tranquilo.

Era noche de karaoke, y aunque no considero tener una voz espectacular, sí he tomado clases de canto y me han elogiado. Decidí aventurarme y canté "*Somebody to love*" de Queen.

Al terminar mi acto, la adrenalina y el alcohol me dieron el suficiente valor para arriesgarme y preguntarle a Francisco qué había pasado realmente con Verónica. De nuevo me dio largas y sólo comentó que no quería dañar la noche con un tema tan triste.

Me elogió por mi actuación y me insistió para que cantara otra vez. No sabía si arriesgarme o no, pero preferí correr el riesgo a pasar el resto de mi vida arrepentida.

Decidí cantar "*One and only*" de Adele, con la esperanza de que Francisco captara la indirecta. No tengo el tono de voz de ella pero hice el intento; modestia aparte, no estuvo tan mal.

—¿Sabes que hace falta? Un dueto, justo ahora. Además ¿qué podemos perder por intentar?. —Creo que intentaba convencerse más a sí mismo que a mí.

—Moción aprobada, a la carga mi fiel Sancho Panza!

Fran escogió el tema esta vez y, por razones que sólo un alcohólico entendería, cantamos "A esa" de Pimpinela, acompañados por supuesto por el resto del bar en los coros.

La gente estaba animada, no lo hacíamos tan mal: nos pidieron otro dueto, esta vez "Sin miedo a nada" de Alex Ubago y Amaia Montero, y un poco nuestras clases de inglés salió a relucir con "Bang Bang" versionada por Tony Bennet y Lady Gaga.

Después de eso sólo nos sentamos a platicar y beber, no recuerdo mucho de lo que pasó hasta que salimos del bar. No estaba condiciones de irme a casa y Francisco no consintió en que me fuera sola en un taxi, por lo que nos fuimos hasta su casa. Continuamos la fiesta allí, pues Francisco tenía una botella de tequila esperando para una ocasión especial, según él.

Nos aburríamos un poco, por lo que le propuse que jugar verdad o reto, sin muchas expectativas al respecto. Lo primero que preguntó fue si me gustaba alguien, así que le dije que sí mientras huía de su mirada.

Me presionó para que le dijera quien era, pero le dije que las reglas del juego sólo permitían una pregunta a la vez. Esta vez eligió reto. No sabía qué ordenarle, así que sólo serví más tequila. Lo único que se me ocurrió fue darle mucho más, y él, con cara de valiente, se lo bebió todo sin vacilar.

Tratando de evitar el tema de los chicos, decidí escoger Reto esta vez. Francisco me retó a darle un beso, así que lo hice. Lo besé larga y apasionadamente, disfrutando el gusto a tequila que el trago le había dejado en los labios y lengua.

Algo en su mirada me decía que sólo lo hizo por probar qué tan lejos estaba dispuesta a llegar, aunque sinceramente no era la primera vez que nos besábamos.

—Ajá, es tú turno ¿Verdad o reto?

Con su expresión más pícaro eligió reto, así que sin decir nada le serví un trago, pero esta vez coloqué la sal en mi cuello, y un trozo de limón en mi boca. Sin dudar agarró el trago y se lo tomó en un solo movimiento.

Se acercó a mi cuello, y subió hasta mis labios lamiendo lentamente. Me

dio un suave apretón con su boca antes de quitarme el limón. Yo quería un beso, no que me quitara el limón de los labios.

—Mmmm, hay algo que me da curiosidad, Marta... —dijo, mirándome de arriba abajo. —¿Estás usando el sujetador que compraste hoy? Ya sé, te reto a que te quites la blusa. —Su expresión era de culpable ansiedad.

Titubeé un poco, pero la verdad es que estaba deseando desde hace un rato que empezaran este tipo de retos. Me la quite lentamente, haciéndolo sufrir un poco el suspenso.

—Vaya, te queda muy bien. En serio tengo un muy buen gusto, ahora deberías quitarte el pantalón, por el bien de la ciencia.

—Cuando sea tu próximo turno. ¿Verdad o reto?

—Verdad.

—¿Quién es el puritano ahora? —dije, sonriendo. —Me arriesgaré a ser la mala del cuento. ¿Qué fue lo que pasó realmente hoy en casa de Verónica?

Me arrepentí en cuanto vi su rostro: su gesto fue de dolor. Otra traición, seguramente. Aun así me contó. Necesitaba sacarlo, y él lo sabía.

Al principio estuvo divagando, pero después de mucho presionar y cuatro tragos más, me contó que después de dejarme en la universidad fue a la casa de ella para convencerla de que nos acompañara en la noche, ya que había llegado su mejor amigo de viaje y Verónica había quedado en verlo.

Francisco le había comentado que debería presentármelo en el bar, para que tuviésemos una cita doble. Cuando llegó a casa de Verónica el coche de su amigo estaba aparcado afuera. La puerta se encontraba sin seguro, por lo que entró para sorprenderla. La sorpresa se la llevó él, al encontrarlos teniendo sexo en la sala.

—Pobres, les arruinaste la fiesta.

—¿En serio te vas a burlar?

—Lo mejor es ver el lado positivo, Francisco, y darte cuenta de la clase

de persona con la que estabas. Ahora que ya pasó y lo sacaste de tu ser, disfrutemos de esta noche. ¡Es mi cumpleaños, así que a gozar!

—Ok, no hablaremos más sobre eso. Te toca: ¿Verdad o reto? Es más, yo digo que te toca un castigo por estar preguntando estupideces.

Al principio no entendía a qué se refería, pero al ver como se ponía de pie y empezaba a desabrocharse el pantalón, comprendí lo que tenía en mente al decir “castigo”. Me arrodillé frente a él mientras sacaba su miembro y me tomaba por el cabello. Comencé lamiendo lentamente, jugueteando en la punta con mi lengua.

Luego me concentré en chuparla un rato, despacio, disfrutando lo que desde hace tiempo sólo había imaginado. Fui metiéndolo cada vez más en mi boca, tarea no tan sencilla ya que lo tenía bastante grande y yo estaba fuera de práctica.

Aun así lo hice. Con una de mis manos jugaba con sus testículos, mientras con la otra le hacía una paja mientras seguía chupando. Después de un rato comencé a lamer de nuevo, bajando hasta llegar hasta sus testículos.

Algo en su cara me decía que le gustaba lo que hacía, así que me divertí un rato chupándolos también. Pero por supuesto, lo que quería era su delicioso pene. Volví a meterlo en mi boca, esta vez succionando suavemente la punta, masturbándolo rápidamente. Justo cuando estaba más inspirada, se apartó de mí.

—Si sigues así me harás acabar.

—Tal vez eso es lo que quiero —dije, volviendo rápidamente a mi “castigo”

Su cara lo decía todo pero debía admitir que escucharlo me hacía sentir halagada. Lo mire sarcásticamente levantando la ceja.

—¿Continuamos? ¿Verdad o reto? —le pregunté con una mirada pícaro, arrodillada y masturbándolo.

Su respuesta fue reto. Aprovechando que estaba sin camisa, terminé de quitarme el sujetador con la mano que tenía libre. Me coloqué algo de sal en

los senos, y el limón de nuevo en mi boca. Esta vez me tendió en el suelo antes de comenzar a lamer mi cuerpo.

Se demoró quitando la sal de uno de mis senos, lamiendo mi pezón, mientras que con una de sus manos jugaba con el otro, masajeando y halando suavemente. Fue subiendo con su lengua hasta mi boca, sin dejar de jugar con mis senos. Por fin estaba sucediendo.

Me levanté para terminar de desvestirme, y Francisco me acorraló contra pared en un beso casi desesperado, masturbándome con sus dedos. Un momento después estaba sacando un condón de uno de los bolsillos de su pantalón y se lo ponía, mientras yo recorría su esbelto cuerpo con más éxtasis que sensatez.

Una vez que terminó con el condón, me tomó en sus brazos y comenzó a penetrarme con fuerza contra una pared. Fue un poco doloroso, ya que tenía bastante tiempo sin tener relaciones, y él no fue muy paciente.

De hecho, acabó bastante rápido; yo apenas entraba en clímax, así que inevitablemente me dejó un poco frustrada. Nos recostamos en el sofá; me sentía muy incómoda, no sabía qué hacer.

Me besó tiernamente para luego cargarme en brazos y llevarme escaleras arriba, a la habitación. Me colocó en la cama, se disculpó y se dirigió al baño. Desnuda como estaba no me hallaba en mí, así que envolverme en las sábanas. Estaba a punto de dormirme cuando por fin salió del baño.

Se acostó a mi lado, oliendo a recién bañado, lo cual me molestó un poco. Fue como si le hubiese dado asco haber estado conmigo, pero traté de no darle importancia. No quería distancia entre nosotros, así que me acerqué a él, a lo que respondió con un beso. Pero no fue un beso como el de antes, cargado de mucha pasión e intensidad: este era más temeroso, como si estuviera dudando. Me le acerqué aún más, mientras él pasaba su brazo por debajo de mi cintura y me pegaba a él.

Sus besos eran tiernos, no apasionados. Lo besé con mayor intensidad, pues en ese momento quería pasión, no ternura. Me debía un orgasmo. No puede ser que mi primera vez con Francisco se quede así. Buscando lo que

quería me subí sobre él, esta vez no hubo dolor y por ello se me hizo más sencillo. Ahora la que tenía el control era yo.

Comencé a moverme lentamente...

* * * *

Me despertó su voz llamándome por mi nombre, pero era un tono diferente al que siempre usaba, más dulce y tierno. Lo había escuchado miles de veces, pero nunca conmigo. Abrí los ojos, me estaba sonriendo.

—Buenos días dormilona. ¿Descansaste? ¿Quieres que salgamos a buscar algo para desayunar? Me estoy muriendo del hambre.

Me reí un poco y asentí. Me sentía muy apenada, mi cara estaba muy roja. Quería ir al baño, aunque me daba pena que me viera. Debió de notarlo, ya que se levantó de la cama y me guió.

—¿Quieres que nos duchemos? —preguntó.

—¿Aún después de verme a la luz quieres estar conmigo?

—Después de lo de esta mañana, lo haría todos los días contigo Marta. Me dejaste muy sorprendido. —Sus palabras estaban llenas de picardía y deseo, lo que subió el color a mis mejillas aún más. Mi confianza estaba por las nubes.

Entramos en la ducha. Abrió las llaves y comenzó a enjabonarme lentamente, con una sensualidad que desataba mis pasiones. Acariciando mis pechos, bajó lentamente por mi cintura hasta mi entrepierna. Introdujo sus dedos en mí y justo el momento que más deseosa estaba, me giró para lavarme la espalda.

El jabón se le resbaló de las manos, creo que intencionalmente, así que pícaramente me incliné para recogerlo. Apenas tuve tiempo de reaccionar cuando sentí sus manos tomándome firmemente por las caderas y miembro entrando en mí con rudeza.

Como era mucho más alto que yo, me puse de puntillas, inclinándome ligeramente, para permitir que entrara más cómodamente, mientras él mordisqueaba mi oreja y besaba mi cuello. Alzándome así de espalda como estaba, esta vez solo acabé, no pude tener a un orgasmo.

Nos terminamos de duchar, y ahora era yo la que se moría de hambre. Cerca de su departamento quedaba una tiendita donde vendían unos pasteles deliciosos, así que tan pronto nos vestimos bajamos a comprar algunos. Nos sentamos en un banco mientras comíamos. Estaban muy bien, recién hechos y calientitos.

Tenía un poco de sueño y me sentía muy sedienta, debía ser el trasnocho pero a ambos se nos notaba el cansancio.

—Fran, no tienes buena pinta, ya no eres tan joven como antes. El chico *badboy* fiestero que podía amanecer varios días seguidos se ha ido.

Me reí de mi propio chiste.

—Pues no soy el uno que no tiene buena pinta, ¿te viste en el espejo antes de salir? Creo que necesitamos disfrutar las vacaciones, tomarnos un *break*. Tienes que relajarte Marta, si no te vas a poner como una pasa y así no vas a conseguir novio. —Para completar la frase soltó una carcajada.

Si él supiera lo mucho que me dolieron esas palabras, no las hubiera pronunciado. No me atrevía a contestar, me estaba mirando fijamente. Rehuí su mirada. No entendía qué sucedía con él, volvía a ser el mismo de antes, como si la noche que pasamos juntos se hubiese esfumado.

—Es una muy buena idea, pero no sabría a donde ir. Además, no estoy de ánimos de encontrarme con papá y...

—Pero quién ha dicho algo de que te vayas con tu papá, nos vamos ahora mismo para la casa de la playa. ¿Recuerdas que te propuse que te quedaras conmigo unos días?

—Ehhh... No sé si sea lo correcto, de seguro allá te estará esperando Verónica y realmente no quiero estar de entrometida mientras ustedes están en su...

—Te dije que no tengo nada con Verónica, y no estabas tan ebria como para no recordarlo. Cada quien siguió su camino, no te preocupes por eso. Tranquila pequeña saltamontes, que la celebración de tu cumpleaños no ha terminado. Veintiún años no se cumplen todos los días, así que no tienes escapatoria. Alístate para unos días en las afueras de mucha diversión, salimos mañana temprano. No sé si prefieras quedarte hoy aquí o quedarte en tu casa y vernos mañana allí. Tú dices. —Seguía dolida por sus palabras pero su sonrisa pícaro me deslumbró: no podía creer que aquello estuviera pasando.

Un pellizco no sería suficiente, necesitaba como mínimo un golpe con una silla para saber si estaba o no soñando.

—Está bien, acepto. Siempre es bueno un poco de sol para ser feliz. Creo que lo mejor es que pases por mí mañana temprano, así puedo alistar todo hoy para que no se me quede nada importante. Es más llévame ahora mismo.

* * * *

Cuando llegué a la casa no me reconocía, pues hacía mucho que no estaba tan contenta. Mi mejor amiga y compañera de piso me estaba esperando con un lindo regalo que me cayó como anillo al dedo: un atrevido traje de baño.

Me sentí culpable por el desaire que le hice, ya que ella también me propuso que la acompañara a pasar unos días con su familia. Le conté que ya Francisco me había invitado a pasar unos días con él y le explique con lujo de detalles todo lo que había sucedido desde que me subí a su coche hasta esta mañana, cuando me trajo a casa. Su expresión pasó del enojo al asombro total.

—Marta ¿tú estás segura que de todo lo que me estás contando de verdad sucedió?

—Claro que sí, Ángela, ¿Crees que sería capaz de inventarme todo?

—Vaya, es sorprendente, me asombra el cambio en Francisco. Martita no ¿Crees que él pueda estar jugando contigo? Es que todo está sucediendo muy rápido, además parece un poco irreal y no quiero que después salgas lastimada.

—No lo creo. Igual, no quiero complicarme. Si es sólo una aventura de verano lo disfrutaré; si llegase a darse algo más, ¡pues también lo disfrutaré y listo!

—Esperemos que así sea, nena. Entonces disfruta mucho estos días y que sea lo que destino quiera.

Un par de horas después mi amiga estaba por subir a un taxi, camino al aeropuerto; le di un fuerte abrazo, un gran beso y me despedí, luego de escucharla por novena vez pidiéndome que tuviese cuidado.

Una vez se fue puse el estéreo a todo volumen mientras preparaba todo. Guardé lo esencial en mi valija, sin olvidar el sexy regalo de cumpleaños. La espera me mataba, era ahora o nunca, tenía que usar todo mi arsenal para completar lo que comenzó anoche.

Me parecía un poco irónico como habían sucedido las cosas. Ayer no quería ni festejar mi cumpleaños y hoy me estaba preparando para pasar una semana con Francisco, en su casa de playa, solos.

Gracias a él había podido disfrutar de mi primer cumpleaños sin mi mamá, y el peso se aligeraba cada vez más, aunque ciertos comentarios de hoy, iban ennegreciendo mi burbuja. Ya no sabía qué esperar, quizás debía tomar las cosas con calma.

Es probable que para él sólo fuera un revolcón entre amigos. Tenía muchas cosas que analizar y la actitud de Fran había sido muy incongruente desde que Verónica lo empezó a llamar a media mañana, algo que había preferido no comentarle a Ángela.

Siempre había tenido la esperanza de que esto sucediera, claro que en mis fantasías no teníamos que recurrir al alcohol. Por un lado me había gustado, pero su comportamiento por el otro dejó mucho que desear, y ahora me encontraba lejos de estar satisfecha.

¿Siempre sería así? Sonará cruel, pero si así era, comenzaba a hacerme una idea del porqué sus novias lo engañaban. No, no, no. Debía sacar esas cosas de mi cabeza si quería disfrutar estos días plenamente. No es posible que él sea así, ¿o sí? Probablemente sólo lo imaginé por el alcohol.

* * * *

No era la primera vez que venía a esta casa: hacía poco más de un año atrás, antes de que Francisco comenzará a salir con Verónica, también vinimos, pero aquella vez nos acompañaron otros amigos, incluyendo a Ángela.

Eso me recordó que tenía que había acordado avisarle cuando llegáramos. Esa vez sólo estuvimos aquí un fin de semana, pero la pasamos muy bien. Espero poder pasarlo aún mejor, ahora que Francisco está dedicado a mí.

La casa estaba impecable, como si alguien hubiese pasado por allí recientemente. Mientras dejábamos las cosas en su habitación, sentía que la playa me invitaba a gritos a dame un chapuzón, y yo no tenía ganas de resistirme a su invitación.

Estuve lista en cuestión de segundos. Se nota que mi amiga me conoce mejor que nadie, su regalo de cumpleaños me quedó precioso y era justo mi talla. Debía llamarla para agradecerle de nuevo.

El mar estaba divino, así que pasamos toda la tarde en la playa. Hacía mucho tiempo que no nadaba ni tomaba sol debido a los estudios. Francisco y yo jugamos entre las olas, y claro, hubo muchos besos y caricias.

Yo, sin embargo, seguía sintiendo que algo no iba bien. Al caer la tarde estábamos exhaustos, por lo que decidimos pedir algo de comida china a domicilio.

Nos acomodamos en el sofá, viendo una película mientras comíamos. Aunque no nos gustaba, por lo menos nos entretenía. Me aburría, y se notaba

que él también. Me arriesgué un poco y comencé a besarlo, mientras bajaba mi mano hasta su miembro para masturbarlo.

Las cosas se encendieron rápidamente y terminé sentada sobre él, moviéndome lo mejor que podía para quitarme la sensación de que las cosas entre nosotros se habían enfriado tan pronto empezaron. Masajeaba mis nalgas mientras su miembro me penetraba.

Comenzamos con movimientos lentos y suaves de cadera, aumentando la intensidad poco a poco, pero nuevamente me encontré decepcionada: Francisco acababa tan pronto la situación se calentaba. No estaba disfrutando, y él lo sabía, porque su rostro reflejaba mucha vergüenza.

Al cabo de unos minutos sustituyó la vergüenza por determinación, me cargó hasta el baño, abrió la ducha y sin bajarme comenzó a penetrarme. El agua caía sobre nosotros con suave calidez, mientras que sus fuertes embestidas me hacían estremecer. Estuvo mucho mejor.

* * * *

Pasamos el día viendo películas. Nuestros estómagos nos recordaron que era hora de almorzar, así que decidimos cocinar juntos. Preparamos una exquisitez con lo que encontramos en el refrigerador.

Tengo que admitirlo, disfrutamos mucho compartiendo en la cocina. Estuvimos muy animados bailando mientras cortamos y cocemos los alimentos, Francisco decidió llamar a nuestro platillo “Simplín”, por su sencillez.

Comimos hasta quedar satisfechos y, luego de descansar un rato, decidimos ir a bañarnos en la playa. Subimos juntos para cambiarnos la ropa. Noté que Fran me observaba mientras me elegía un traje de baño. Su mirada era lujuriosa.

Conocía esa mirada a la perfección: ya perdí la cuenta de cuántas veces me había mirado así desde que llegamos. Empecé un lento striptease, bailando

suavemente mientras me desvestía. Me volteé para mirarlo, y se estaba masturbando.

Terminé de quitarme la blusa y continué con el pantalón, inclinándome a medida que me lo quitaba para que muriera de deseo mirando mi trasero. Siempre he dicho que es lo único bueno que me ha dado la vida.

Me encontraba de espaldas, desabrochándome el sostén, cuando un par de manos me tomaron por la cintura y me lo quitaron. Besó mi espalda, me quitó las bragas y me sentó sobre él, penetrándome mientras jugaba con mis senos.

Esta vez di gracias de que la casa estuviera sola, sin vecinos cercanos, porque esta vez no pude evitar gemir intensamente de placer.

Nos lavamos y nos fuimos a la playa.

* * * *

Desperté temprano sintiéndome llena de energía, pero no encontraba nada que hacer. Aproveché que Fran estaba dormido y bajé a preparar algo de comer. Si algo había aprendido estos días era que luego de una noche de sexo, uno siempre se despierta hambriento.

Lo impecable de la cocina me atemorizaba un poco: trataba de dejar todo tal cual lo encontraba. Estaba todo tan limpio cuando llegamos que cuando cocinamos ayer casi no podía usar nada por temor a dañarlo. Todo parecía nuevo o con poco uso, parecía como si quien vivió aquí no cocinaba casi nunca.

Pese a mis intenciones, el refrigerador estaba literalmente vacío. Decidí aguardar a que se levantara Fran para que fuéramos a comprar algo. Afortunadamente conseguí algo del cereal que quedó de anoche. Me lo comí viendo algunos capítulos repetidos de Los Simpson. A las 9 intenté despertarlo, pero fue en vano. Ni se inmutó. Decidí esperarlo en la sala.

Me había quedado dormida en el sofá. Francisco me despertó, ya eran casi las 11. Su expresión era diferente, parecía fastidiado. Eso me desconcertó.

—Marta, tenemos que ir al súper para hacer las compras. Por favor alístate mientras busco algo para comer.

—En la alacena hay un poco de cereal que quedó de anoche.

Ni cinco minutos tardé en alistarme. Espere viendo un poco de televisión mientras Francisco terminaba de registrar la alacena y comía el cereal. ¿Qué tanto podía tardar alguien en comerse un poco de cereal?

El paseo al súper fue tranquilo. Hablamos poco, las compras fueron aburridas, y todo lo que le comentaba lo ignoraba. Francisco debía ser bipolar, porque ¿de qué otra manera podría explicar su comportamiento?

En un momento me hablaba, me trataba lindo, y al siguiente era una completa extraña. Regresé a la casa molesta. Quería preparar el almuerzo para distraerme un poco y alejarme un poco de él, pero el “niño” decidió que quería de supervisar la preparación de la comida.

Sentía un poco de claustrofobia. Me incomodaba la manera en la que Francisco me estaba tratando. Este lado malcriado de su personalidad me cansaba, y empezaba a entender por qué salía con tantas chicas: no era que fuese muy popular, sino que siempre terminaban hartándose de él y dejándolo, así que recurría a la siguiente.

Ayer todo había sido perfecto, pero hoy se estaba comportando como un perfecto idiota. Su indiferencia raya en el desprecio. ¿Pasó algo esta mañana, o simplemente ya terminó el encanto y estoy sufriendo los ataques de un inmaduro que no sabe cómo deshacerse de mí?

* * * *

Como desayuno preparé huevos revueltos, pan tostado y jugo de naranja.

Mientras servía la mesa, Francisco contestaba una llamada de su mamá: su familia llegaba hoy a la casa y nuestra rutina de sexo y televisión cambió.

—El viernes habrá una fiesta, y mis padres quieren que vaya. Obviamente vendrás conmigo. Ah, y ya no podemos seguir durmiendo en la misma habitación —dijo, con una impasividad exasperante.

Recogí mis cosas de su cuarto, y las llevamos a la habitación de huéspedes, de forma que pudiera acomodarme antes de que llegaran sus padres. Decidí esperar en la habitación. Su comportamiento me tenía cada vez más confundida. No lo comprendía, en unos momentos todo era amabilidad y atenciones, al siguiente era más frío que un iceberg.

Conocía a su familia por las reuniones que solían hacer en la ciudad, y a las que Francisco siempre me invitaba. Su mamá no era una persona muy comunicativa; pero su hermanito siempre me había caído bien.

De hecho, tan pronto terminé de organizar mis cosas, Valentín me sorprendió corriendo hasta mí. Tenía mucho tiempo sin verlo, y lo primero que noté es lo mucho que ahora se parecía a su hermano mayor.

Venía del cuarto de Francisco y algo debían haber hablado, porque Valentín se mostró más reservado de lo normal conmigo. Mi recelo ante la situación no hizo más que aumentar cuando saludé al resto de su familia y su fría cortesía me hizo sentir incómoda, fuera de lugar.

Preferí pasar el resto del día en la playa para no tener que coincidir con nadie. Francisco se mantuvo lo más alejado de mí que pudo. De hecho, me trataba como a una desconocida. Esa noche casi no pude dormir tratando de comprender qué era lo que pasaba.

* * * *

A Francisco se le pasó contarme que la fiesta era de etiqueta, y obviamente no había traído nada apropiado. Gracias al cielo tenía una talla similar a su madre, quién me dijo que tenía varios que siempre le habían

encantado de cuando era más joven y delgada.

El inconveniente es que hacía unos meses decidió alquilarlos para ocasiones especiales en una pequeña tienda que administraban en el pueblo. Me dijo que los llamaría para que me dieran uno acompañado de todos los accesorios.

Busqué a Francisco por toda la casa, pero no lo encontré. Me pareció un poco extraño que se fuera sin decirme algo, para no tener que desperdiciar mi tiempo. Finalmente le pregunté a Valentín, si me podía llevar a buscar el atuendo, ya que él también iba al pueblo a comprar algunas cosas.

La tienda estaba en la entrada al pueblo, tenían una gran cantidad de vestidos, zapatos y prendas de gala. No sabía por dónde empezar, pero sí que debía darme prisa: sólo tenía dos horas para encontrar un vestido ideal.

La encargada de la tienda era muy amable, con su ayuda pude probarme varios modelos hermosos. El cambio de aires me animó un poco, y tenía la esperanza de encontrar a un Francisco más amable al regresar a casa, aunque probablemente sea mucho pedir.

No lograba decidirme, así que preferí consultar con alguien. Le envié fotos a Ángela de las opciones. Mientras esperaba que respondiera, apareció Valentín. Aún no me decidía, así que prefirió esperarme y darme su opinión al respecto. Llegamos a un consenso entre todos por un vestido tipo cóctel con cola color malva. Los accesorios y los tacones los escogí plateados, como los pequeños detalles del vestido.

—Ahora que por fin terminaste...¿Tienes hambre? —preguntó Valentín.

—Pues sí un poco. ¿Por qué? ¿A dónde me llevarás? —contesté en tono juguetón. La verdad es que moría de hambre.

—¿A dónde te ha llevado Francisco? ¿Fueron al malecón? Por ahí preparan unos emparedados buenísimos y también unas tortas fenomenales. ¿Vamos?

—Claro que sí, igual no creo que tu hermano se moleste porque vayamos a comer algo.

—Cuando aparezca le preguntamos si le importa. —Su carcajada fue breve pero sincera.

Traté de relajarme y no darle muchas vueltas al asunto, ya vería qué sucedería al regresar a la casa.

Se estacionó enfrente a un pequeño restaurante italiano de aspecto encantador y una sección al aire libre. Las pizzas se veían grandiosas, por lo que ordenamos una enorme pizza de pepperoni y queso tan pronto como nos sentamos.

Todo estaba delicioso y lo devoramos rápidamente. Estuvimos un rato hablando mientras descansábamos del atracón que nos acabábamos de dar. Valentín sugirió que fuéramos a comer helados en un lugar que conocía al otro extremo del malecón.

—¿Lista para el postre?

—Claro que sí. Siempre hay espacio para el postre...

—No va al estómago, sino al corazón.

Nos reímos al unísono. Extrañaba mucho tener alguien con quien hablar y compartir tonterías luego de la decepción que resultaron los días con Francisco.

—Oye, Valentín... ¿Te parece bien si paseamos un poco más antes? Nunca había venido por aquí, y es tan lindo todo...

—¿Hablas en serio? No puedo creer que Francisco no te haya traído. Mi hermano es un idiota. Ok, terminemos el recorrido turístico y luego vamos por los helados.

Valentín definitivamente debía darle clases a su hermano de cómo tratar a una mujer. Era muy caballeroso y atento, y siempre tenía algo interesante para decir. También se interesaba genuinamente en lo que mis cosas. ¿En qué momento se había vuelto todo un hombre? Logró que me olvidara por completo de mi melancolía.

Luego de caminar un rato, llegamos a la heladería. La variedad de

sabores que tenían era increíble, ahora entiendo por qué Valentín estaba tan ansioso por venir aquí. Todo se veía tan delicioso que ninguno de los dos pudo decidirse.

Terminamos comprando varios, y para no llegar más tarde a casa, los pedimos para llevar. Por supuesto, la tentación y el miedo de que se derritieran sobre los asientos del coche nos ganaron, y nos los comimos en el coche.

Cuando llegamos, noté que el coche de Francisco estaba aparcado fuera de la casa, y me animé un poco. Sin embargo la ilusión duró poco: rehuía mi mirada y hablaba sólo con Valentín.

No respondió ninguna de las preguntas que le hice, así que les dije que me iría a dormir. Si no quería hablarme no tenía por qué quedarme allí soportando eso. Ni siquiera tenía sentido quedarme en esa casa.

Le comente a Valentín como me sentía y mis deseos de irme esa misma noche. Su mirada era de tristeza.

—Entiendo perfectamente que te quieras ir, pero no permitiré que lo hagas a esta hora. Además, creo que al menos deberías ir a la fiesta mañana. Prometo llevarte yo mismo hasta la puerta de tu casa luego de eso.

—¿Crees que después de la fiesta tengas energías como para llevarme?

—Claro que sí, de alguna manera debo compensarte por el comportamiento de mi familia. Mañana serás mi compañera en la fiesta, ¿te parece? ¡Así me aseguro que no te sientas tan incómoda! Eso sí, te advierto que soy un terrible bailarín —dijo, con una dulce sonrisa.

* * * *

La familia de Francisco nunca había sido descortés conmigo. Siempre que me invitaba a su casa, sus padres se mostraban agradables y atentos; no entendía su cambio de comportamiento tan repentino.

Era obvio que algo había cambiado en nuestra relación. Éramos más que amigos, ¿no? ¿Sería por eso su reacción? ¿Creían que no era lo suficientemente buena o adinerada para salir con él? Fuera lo que fuera, se notaba que no me querían allí.

Sus comentarios me herían al punto que hacían que incluso Valentín se mostraba distante conmigo frente a ellos. Lo confronté. Me había prometido que cuidaría de mí hasta que me fuera, pero sólo me ha desconcertado más. Lo peor de todo fue su respuesta

—Francisco ha insistido en que . Sé que he actuado mal conmigo.

No podía creerlo. ¿A qué se refería con que los amenazó? No, pensándolo mejor no quiero saberlo. Fuese lo que fuese, el resultado era el mismo: era como si esta semana no hubiese sucedido.

Si antes me trataba como una hermana menor, ahora tendría suerte si entraba en la categoría de extraña. Lo mejor era irme de allí lo más pronto posible. Por ahora creo que lo mejor será ignorarlo todo y disfrutar de la compañía de Valentín. Mañana me iré sin decirle nada.

La mañana antes de la fiesta baje temprano, quería comer algo sin tener que encontrarme con Francisco. El estómago me rugía del hambre.

—Mamá, no tengo nada con ella. Ya te lo expliqué.

—Pero qué dirá la gente si te ven con esa muchachita; recuerda que Verónica es tu novia.

—Lo de Verónica está en pausa y no es por mi culpa, ni tampoco fue de Marta; antes de que le echés la culpa.

—¿Y porqué estás aquí con esa chica y no con Verónica entonces?

—Porque Verónica me dejó mamá. Se fue con un idiota. Le pedí a Marta que me acompañara porque no quería estar solo aquí mientras ustedes llegaban.

—Por lo visto ha sido más que una simple compañía para ti.

—Nos vemos en la noche. Ya estoy cansado de explicarte que ella no es

nada.

Trate de alejarme lo más disimuladamente para que no se notara que estaba escuchando. Así que eso era lo que pasaba: fui otra más que cayó en sus juegos. Francisco me alcanzó en las escaleras.

—Buenos días, Marta

—Buenos días...

—Quería recordarte que esta noche es la fiesta. —Mi mirada era escéptica, él continuó como si nada. —Nos vamos a las diez, así que por favor necesito que estés lista antes, para tener una idea de cómo nos vemos juntos.

Se giró sin esperar una respuesta. Decidí que no habría mejor castigo para él que verme lo mejor posible, y pasar la velada con su hermano. Por supuesto, recurrí de nuevo a los tutoriales.

¡Benditos sean! Me hacía falta la ayuda de Ángela, pero creo que hice un buen trabajo. El vestido era increíble y se ajustaba perfectamente a mi figura. Ricé mi cabello de forma que resaltaba mi cuello.

—¿Estás lista? Uhm... Por lo menos te ves bien.

Me asió por el brazo y me llevó escaleras abajo. No esperaba alabanzas ni nada, pero ¿ni una mirada? ¿“Por lo menos te ves bien”?

Llegamos con su familia a la fiesta. Valentín quería quedarse con nosotros, pero Francisco no se lo permitió. Nos quedamos solos por un momento, hasta que encontró a sus amigos y volvió a ignorarme. Traté de localizar a Valentín, pero se había esfumado.

Estuve sola un rato, explorando el lugar, tratando de desaparecer tal y como había hecho Valentín. Quizás yo también necesitaba alejarme de los problemas que involucraba Francisco. Sin embargo, nos encontrábamos en el mismo lugar.

Después de un rato, inevitablemente volví a encontrarme con él en la barra. Charlaba con unos amigos, y yo solo observaba. No había forma de que pudiera participar en la conversación. Su plática se basaba en la ostentación:

mi casa es más grande que la tuya, mi coche es más costoso, yo gasto más dinero, bla, bla, bla.

Me irritaba. Nunca me imaginé que pudiera ser así o que pudiera llegar a comportarse de esta manera. Durante todo el tiempo que nos conocimos, nunca dio muestras de ser tan superficial, ni siquiera cuando salíamos con sus compañeros. O al menos yo no lo había visto así. ¿Fui siempre tan ciega?

Me debatía por preguntarle si quería bailar conmigo, porque no sólo me encontraba de malhumor, sino también aburrida. Cuando me había decidido, se nos acercaron tres chicas. Dos de ellas venían consolando a la tercera, quien caminó directamente hasta Francisco y se le echó en los brazos.

Sólo alcancé a escuchar a Francisco preguntarle si podía ayudarla en algo, y ella comenzó a tirar de él, como indicando que la acompañara. Él la siguió, y a medio trayecto le dijo algo. Se devolvió rápidamente y se acercó a mí.

—Disculpa Marta, espero que lo entiendas. Ella me necesita.

Sin esperar una respuesta, se giró y se fue detrás de ella. Me quede sola en la barra.

En ese instante me di cuenta de la verdad, él realmente no estaba interesado en mí, sólo era su pañuelo de lágrimas. Alguien con quien estar mientras aparecía otra persona.

Sólo era una amiga más, ahora con “beneficios”, claro está. Cuando hablaba de disfrutar estos días, no me refería a eso. ¿En qué momento me permití convertirme en otra del montón?

Necesitaba distraerme mientras terminaba la velada. Mañana me iría a casa, y podría dejar esto atrás. Francisco había encontrado un nuevo juguete con el cual entretenerse. Uno que de seguro su familia sí aceptaría.

El barman se me hacía conocido de alguna parte, pero no recordaba de dónde. Sí tan sólo pudiera acordarme tendría alguien con quien hablar, para no estar aquí sentada sola y aburrida. Por suerte él pareció reconocerme y me saludo.

—Hola Marta, ¿te acuerdas de mí? Soy Adrián. —En mi rostro se debió haber reflejado el desconcierto. —Estoy contigo en la clase 101. —Seguía sin recordar quien era. —Casi me derribas la semana pasada, ¿recuerdas?

¡Claro, ya recordaba! Habíamos coincidido en varias de esas clases, así que le sonreí y asentí en señal de reconocimiento.

—Disculpa el atrevimiento, pero nunca pensé que te encontraría en una fiesta así... nunca te viste como el tipo de chica que se junta con gente tan pretenciosa.

—Y es que no lo hago, solo estoy aquí acompañando a un amigo. Tú sabes, siendo solidaria.

—¿Eres muy amiga de Francisco?

—Un poco. Lo conozco desde hace unos tres años. Somos muy buenos amigos —o al menos eso creía—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Siempre te ha tratado así?

—No entiendo, ¿cómo? ¿A qué te refieres?

—Bueno, es que me pareció que eras su mascotita. Disculpa mi crudeza, pero lo he visto a él y sus amigos cientos de veces haciendo eso, y no te conozco mucho, pero no creo que ninguna chica deba dejar que le hagan eso. —Me entregó una bebida— Toma, cortesía de la casa. Y te voy a dar un consejo: vete. No te mereces esto, y menos de una basura como él. No lo esperes. Si mi memoria no me falla, la chica con la que está ahora no suele soltarlo.

Me sorprendió la brutalidad de sus palabras, pero sentía que tenía razón. Me tomé el trago de golpe y le pedí que me sirviera otro. Me miró un poco escéptico, pero me lo dio.

—¿Por qué me cuentas eso? No me malinterpretes, entiendo que me quieres ayudar, pero, ¿por qué me quieres ayudar si no me conoces?

—Porque sé que no te merece, y espero que puedas ver con qué clase de persona estas antes de que te consuma. Ya lo he visto hacer eso en otras

ocasiones. Tú sólo tienes tres años conociéndolo, mientras que yo prácticamente lo conozco de toda la vida. Y no eres una completa desconocida hemos visto clases juntos estos tres años. —Su sonrisa tenía un aire divertido y culpable al mismo tiempo.

Lo mejor era analizar mi posición. ¿Qué sería lo más oportuno en este momento? ¿Abandonar la fiesta? ¿Quedarme aquí sentada esperando a que Francisco se acordara de mí? Por lo que me había dicho Adrián lo mejor era ver alejarme de todo y ver qué sucedía.

Llevaba un par de horas hablando con Adrián cuando por fin apareció Francisco. Vio el trago, al barman y por último a mí. Sé por su expresión que creía que estaba ebria.

—¿Cuántos tragos llevas? Sabes que toda mi familia está aquí, ¿y me avergüenzas así? Nunca pensé que eso de ti. Verónica nunca me hubiera hecho algo así.

—¿Disculpa? ¿Primero me llamas alcohólica, y luego me comparas con tu ex? Déjame recordarte que no está aquí porque te engañó con su mejor amigo. Y para tu información, este es el mismo trago con el que me dejaste, —obviamente era mentira— cuando decidiste perseguir a la tonta de tu primera novia por la fiesta.

—No me fui tras ella Marta, solo la estaba consolando porque está pasando por una situación familiar grave —dijo, evidentemente a la defensiva—. Además, tú te quedaste sentada aquí, si estás sola es porque no has querido hablar con nadie. No he visto que hagas el intento de tratar con alguno de mis amigos.

—Pues en eso te equivocas, he estado hablando con alguien. Te presento a Adrián, el único en esta fiesta al cual no le parezco otra de tus zorras baratas, ni una interesada que va tras tu dinero. Tus queridos amigos se dieron la vuelta y me dejaron aquí sola en cuanto tú te fuiste detrás de ella.

—Por dios, nadie piensa que te ves así, te ves bien.

—Pues tu madre y tus tías no opinan lo mismo. ¿O acaso crees que no han venido a manifestar sus opiniones y a dejarme bien claro que TÚ no me necesitas en tu vida? ¿Ah? No lo niegues, tú tampoco has sido muy sutil con

tus opiniones sobre mí.

>>Ayer fuiste muy certero al comentarle a tu madre que sólo me habías traído porque Verónica te había dejado y no sabías con quien más pasar estos días. Podías haberme dicho la verdad en lugar de utilizarme. No tenías por qué haberme mentido de esa manera. ¿Acaso piensas que soy una máquina sin sentimientos?

>>¿Tienes idea de cuánto me ha lastimado ver cómo te ibas tras esa estúpida? Y lo peor de todo es que no es más que otra de las tontas con las que sales, esas que juegan con tus sentimientos y te dejan botado en cuanto aparece un hombre de verdad. ¿Qué hiciste tú? ¿Has lidiado con alguno de tus problemas?

>>¡No! ¡Verónica te engañó, y fuiste corriendo a donde la tonta de tu amiga en lugar de detenerte a pensar por qué todas te hacen lo mismo siempre! Te aprovechaste de mí, la tonta que siempre ha estado allí, esperando que le lances por lo menos una mirada o una frase para seguir detrás de ti, viendo como esas mujeres juegan contigo.

>>Ahora que hay otra persona no me necesitas más para consolarte. Mi trabajo aquí está hecho. Adiós. Adrián fue un placer conocerte, gracias a ti esta noche no fue un completo fiasco para mí. En serio, muchas gracias.

Ambos me miraban anonadados, y no era para menos. Hasta yo me encontraba sorprendida de haber tenido el valor para enfrentar la situación. Traté de hacer una salida dramática, pero casi termina en un caos. Estuve a punto de derribar a un grupo de camareros que se acercaban en ese momento al darme la vuelta.

Llegué al lobby del hotel, entre lágrimas y maquillaje corrido. Le sonreí lo mejor que pude al portero, mientras no pensaba en otra cosa que ir a casa por mis cosas e irme de una vez por todas de ese pequeño pueblo.

Cuando llegué a la calle me di cuenta de un pequeño detalle que se me escapó en medio de la cólera: no tenía idea de cómo regresar a la casa de Francisco. Afortunadamente los dioses se compadecieron de mí, porque tan pronto este pensamiento llegó a mi cabeza, alguien a mis espaldas comenzó a llamarme. Era Adrián.

—Me preocupé mucho cuando te fuiste así. Toma, ponte esto —dijo, colocando en mis manos un casco blanco con pequeñas alas azules pintadas en los costados.

—Pero, ¿no se supone que debes trabajar hasta que la fiesta termine?

—No podía quedarme de brazos cruzados. No te preocupes, cobré un par de favores y alguien cubrirá mi puesto. Si algo he aprendido como barman es que las cosas nunca terminan bien cuando una señorita sale en ese estado, y menos si ni siquiera sabe cómo regresar a casa.

—Sí, supongo que tienes razón —contesté, tratando de no romper en llanto. Ni Francisco ni Valentín estuvieron hoy conmigo en esta horrible fiesta.

Atravesamos el estacionamiento hasta llegar a la motocicleta de Adrián, una Indian Remus negra. Me coloqué el casco lo mejor que pude, mientras él encendía la motocicleta. Era la primera vez que me subía a una, así que tuvo que ayudarme. Me dijo que me sujetara fuerte y tratara de no moverme mucho.

Fue un viaje muy placentero, Adrián iba lento por consideración, pero después de todo lo que había sucedido necesitaba una buena dosis de adrenalina y así se lo dije. No lo dudo dos veces y aceleró a fondo, manteniendo la velocidad cerca de los 200km/h durante todo el recorrido. Fue increíble.

Obviamente no había nadie en casa cuando llegamos, por lo que me fue fácil hacer todo. Recogí mis cosas a toda velocidad y en menos de diez minutos ya estuve lista.

En la adrenalina del momento no reparé en que haría luego de buscar mis cosas, pero por suerte Adrián ya había pensado en eso: él también vivía cerca. No pregunté nada, sólo me dio el casco nuevamente y me dijo que nos íbamos

* * * *

—¿En serio vives aquí?

Mi comentario lo ofendió.

—Si, es de mis padres. ¿Por qué? no crees que un simple barman pueda vivir en un sitio como este.

—No lo pregunté por eso, es que no va con tu estilo, tú... te ves tan rudo, y esta casa es tan adorable. —Y lo era.

En contraste con la ostentosa mansión de Francisco, la casa de Adrián era una modesta casita al otro lado del pueblo. Parecía vieja, pero tenía un aire pacífico que la hacía parecer salida de un cuento.

—¿Entonces dónde debería? ¿En un piso mal amueblado, en una calle peligrosa en el centro de la ciudad?

—No, no. Aunque sí me imagine algo así. La realidad me gusta más, tu casa es hermosísima. No quise ofenderte, disculpa. Gracias por todo lo que hiciste por mí esta noche.

La casa la habían construido sus padres hacía muchos años, antes de que se divorciaran. Cuando comenzaron a separar sus bienes, él les pidió la casa, ya que sus padres habían perdido el interés en ella unos años después de terminarla.

—Creo que no se sentían cómodos aquí. Quizás en algún momento la casa representaba para ellos algo que lograr juntos, pero creo que al final no hacía más que recordarles todos los problemas que tenían.

Ya eran casi las 4 de la mañana. Comimos algo, y me preparó una selección de bebidas en vasos de colores muy vivos.

Como realmente no había bebido mucho en la fiesta, decidí probarlos. ¡Estaban deliciosos! No me sorprendía que lo contrataran para ese tipo de eventos, el alcohol casi no se notaba entre los gustos dulces y variados de cada trago.

No sé si fue cosa del alcohol, o lo triste que ambos nos sentíamos, pero sin darnos cuenta nos comenzamos a besar. Sus manos recorrían mi espalda,

buscando bajar el cierre de mi vestido, mientras yo le quitaba botón a botón su camisa.

A los pocos segundos ya estábamos en ropa interior, besándonos apasionadamente sobre la mesa. Adrián se sentía tan seguro de todo... Me encantaba. Nada que ver con Francisco. Incluso había olvidado lo cansada y destruida que me sentía por todo lo que sucedió esta semana. Algo había cambiado, y era gracias a él.

—Creo que necesitamos darnos un baño, tuvimos un día duro —Musitó en mi oído luego de recorrer mi cuerpo a besos. —Ven.

Me tomó en sus brazos como si nada y me llevó hasta un pequeño pero acogedor baño. Al poco tiempo el agua caía plácidamente sobre nosotros mientras Adrián me penetraba suavemente.

Estábamos de pie, y él me envolvía con sus brazos, acariciando mi vientre y mis senos de una manera que se sentía tan natural que no hacía más que aumentar el estremecimiento que me provocaba sentirlo dentro de mí.

—Adrián, oh Adrián, sigue por favor, sigue.

Se sentía increíble. Estaba teniendo mi primer orgasmo en el miembro de un hombre y era tan diferente a cuando lo alcanzaba sola. No podía pensar, sólo sentir esa deliciosa sensación recorriendo todo mi cuerpo desde mi interior.

Él lo notó de inmediato y respondió aumentando la intensidad. Ya no me envolvía con delicadeza, sino que me sujetaba con fuerza con uno de sus brazos mientras con el otro halaba mi cabello, levantando mi cabeza y besando mi cuello con pasión mientras me susurraba cosas al oído.

—Ven, arrodíllate —dijo, saliendo de mí rápidamente y empezando a masturbarse.

Su semen era tibio, y caía sobre mi rostro dejando una sensación de placer que no se perdía con el agua que recorría mi cuerpo.

Nunca pensé que el sexo pudiese ser una sensación tan intensa e increíble. Durante las siguientes horas lo hicimos prácticamente en toda la

casa. A diferencia de Francisco, Adrián sabía cómo tocarme; todo era natural entre los dos, muy físico, casi salvaje e instintivo. Le bastaba mirarme para que yo lo deseara, pero sus manos llevaban todo a otro nivel.

Llamamos un taxi para que me recogiera en un puesto de comida rápida que estaba a la vuelta de la esquina, de forma que pudiéramos comer algo antes. Me sentía muy a gusto con Adrián. Este tiempo con él realmente me hace lamentar no haberlo conocido antes, y definitivamente no quería irme

El taxi llegó puntual, sin embargo, llegó puntual. Adrián me dio un profundo beso antes de que me subiera y me pidió que le avisara cuando llegara a casa.

* * * *

Eran las doce del mediodía cuando llegué a casa. Ángela estaba pasando las vacaciones con sus padres en Alaska, y no volvería hasta principios del siguiente semestre. Decidí llamar a papá, ya que lo había dejado a un lado estos días.

Cuando al fin contestó la llamada no se escuchaba muy bien. Me contó que decidió ir a visitar a sus padres al campo, y que pasaría con ellos un mes. Me sentí como una ermitaña, como si hubiese descuidado durante años a las personas que más me importaban.

Bueno, la verdad es que a mi padre lo había excluido casi por completo de mi vida. Hasta no me había preocupado por cómo se las arreglaba en casa sin mamá. ¿Cómo se podía llegar a este nivel de indiferencia? Incluso con mi mejor amiga, con quién vivía y compartía mis cosas. Sé poco sobre ella, ahora que lo pienso.

Me moría de hambre y solo había un paquete de galletas saladas en la alacena. Me las comí mientras llegaba la pizza que pedí por teléfono. Limpie el polvo que estaba aculado por la casa, hasta que el repartidor de pizza llegó. Ordené una de tamaño familiar, de forma que me quedara algo para la cena.

Realmente no me sentía con ánimos de hacer compras hoy. Me sentía completamente sola pero de alguna forma estaba menos perdida que antes del viaje. Conecté mi móvil al reproductor y coloqué algo de música para tomar un largo baño. El agua estaba perfecta para analizar con calma todo lo que había sucedido la semana pasada.

A no era la misma que salió de casa, llena de ilusiones. Al salir, deshice la maleta mientras buscaba algo limpio que ponerme, que fuera cómodo para poder estar en casa y noté que tenía cuatro mensajes esperándome en el buzón. Luego de llamar a papá olvidé el móvil por completo.

De: Adrián

Hola linda, avísame cuando llegues. Quisiera saber que estás bien

De: Ángela

Hola tontis, ¿cómo estás? Me tienes olvidada! El hecho que estés teniendo mucho sexo no te exonera de escribirme xP

De: Adrián

Marta, respóndeme por favor. ¿Llegaste a casa? ¿Estás bien? Comunícate conmigo a la brevedad posible

De: Francisco

Marta ¿a dónde te fuiste? Pensé que estarías en la casa cuando llegara y me preocupé un poco cuando no te encontré. Cuando vi que no estaban tus cosas supuse que te habías marchado. Me contaron que te fuiste de la fiesta con el tonto del barman ¿es eso cierto? Necesito que hablemos, es algo muy importante

No lo puedo creer. ¿Ahora necesitaba que habláramos? Pues que mal, yo no quería hablar con él. Le respondí a Ángela, contándole que me había regresado al apartamento para que no se preocupara, y que cuando tuviera un tiempo libre me llamara para contarle con más detalles lo que sucedió.

También le escribí a Adrián, quién de inmediato me llamó. Me alegró muchísimo escuchar su voz. Le expliqué que había estado distraída buscando

algo para comer y por eso no le había contestado. Estuvimos hablando un largo rato hasta que tuvo que irse a trabajar.

Al colgar me sorprendió cuánto me había gustado recibir su llamada. Me sentía muy atraída por Adrián, y era totalmente diferente a lo que había sentido por Francisco. Me agradaba estar con él y compartir con él, aunque sólo fuera hablando. Cambiaba mi ánimo, me hacía sentir mejor y segura de mi misma.

Apenas eran las cuatro de la tarde y ya estaba aburrida. El tiempo pasa muy rápido cuando no tienes nada que hacer.

Decidí ver que estaban pasando en la televisión, encontré una película muy graciosa llamada El Último Baile, en la cual la protagonista se da cuenta de que era la fea de su grupo de amigas, y todos la utilizaban para acercarse a las guapas.

Me sentí identificada, así que pasé el resto del día viendo películas para sacar ese pensamiento de mi cabeza.

Las conversaciones con Adrián me habían hecho ver lo tonta que fui al creer que para Francisco había significado algo lo que pasó, sin embargo, también me pidió que no me sintiera mal por ello, que lo tomara como una aventura de verano y nada más. Me sentí motivada a responderle el mensaje a Francisco, así que lo hice lo más corta y precisamente que pude.

Para: Francisco

Me encuentro muy bien, gracias por tu preocupación. Noté que mi presencia no era necesaria y por lo tanto me fui. Gracias por estos días, espero que te vaya muy bien. Adiós

* * * *

Me desperté temprano, y el sonido que hizo mi barriga me recordó que no podía seguir evadiendo la visita al mercado. Me vestí rápidamente y fui al súper.

Aproveché para desayunar en una pequeña pastelería cercana, famosa por sus croissants de chocolate. Disfruté del corto paseo y de la comida. Anoche mientras dormía, Francisco me envió otro mensaje.

Decidí ignorarlo. Traté de que mis pensamientos fueran por caminos más alegre. Ayer me había distraído pensando en el comportamiento de Adrián: su interés por mí y su sobre todo la forma en la que parecía protegerme, eran cosas que no entendía. Los comportamientos de ambos eran totalmente diferentes, pero dejaron mella en mí, a su manera.

De algo podía estar segura, que aunque me dolió muchísimo lo que hizo Francisco, no me había roto el corazón.

En ese momento, en medio de la calle, tuve una revelación: nunca estuve realmente enamorada de Francisco, solo estuve obsesionada con él porque era mi mejor amigo, el chico que no podría tener porque no le interesaba, y sólo hasta que estuve con él me di cuenta de sus defectos.

Mi obsesión no me permitía darme cuenta de que mi modelo de adonis tenía un sin fin de grietas, sólo vi lo que quería ver en él, y tal vez sí se mereciera todo que le había sucedido en sus relaciones. ¿Quién sabe? Lo importante es que ya no me apetecía saberlo.

Me sentía aliviada, como si me quitara un gran peso de encima. Para felicitarme decidí preparar un pastel. Compré una de esas mezclas de torta de chocolate ya que era más sencillo que hacer una desde cero, aunque en realidad me sobraba el tiempo como para hacerlo.

Al pasar por la sección de las frutas y verduras recordé el pastel de chocolate con fresas que mi mamá me preparaba por mi cumpleaños, y decidí intentar hacerla.

Cuando regresé a casa eran las tres de la tarde, y tan pronto entré al lugar ya me aburría sobremanera. No había nada que hacer, excepto comer y ver televisión, por lo que la mitad del pastel desapareció tan pronto lo preparé.

Intente ver algo en la televisión, pero la mayoría de las películas que pasaban ya las había visto o eran malas. Cuando pensé que ya sólo me quedaba dormir, recibí una llamada de Adrián. Me sorprendió un poco, pues

pensé que estaría ocupado todo el día.

—¿Aló?

—Hola Martita ¿Cómo estás? ¿Estás ocupada?

—No, ¿porque?

—¿Te gustaría dar una vuelta conmigo?

—Eh... Sí, claro Adrián.

Unos minutos después Adrián tocaba a la puerta de mi casa. Subimos a su moto y nos fuimos a un parque cercano. En parte agradecía que estuviésemos en un sitio público, porque estar cerca de él era bastante tentador.

Tan pronto llegamos compramos unos helados y empezamos a caminar mientras los comíamos. Hablábamos de todo, pero yo sentía que no hablábamos de nada. Sentía a Adrián un poco distraído, casi nervioso, y no lograba mantener la conversación

—Ya no puedo aguantarlo más —dijo, volteando bruscamente hacia mí —. ¿Te gustaría ser mi novia?

—¿¡QUÉ?! ¡Adrián, prácticamente nos acabamos de conocer...!

—Espera, espera... Marta déjame terminar de hablar, ¿sí?

—Está bien, habla prometo no interrumpir.

—No necesito que me respondas ahora, pero sí que lo pienses. No me gusta tomarme estas cosas a la ligera, y sé que deberíamos salir un tiempo antes de que me respondas, pero quiero dejar mi intención clara. Quiero que seas mi novia, me gustas muchísimo Marta.

>>Sé que sonará cursi lo que te voy a decir, pero me pareces una chica muy especial. Me fascina tu manera de ser, tu espontaneidad, y me encanta que seas tan intrépida y determinada. Aquella noche en mi casa fue decisiva para mí. He soñado estar con una mujer como tú por mucho tiempo. Realmente deseaba conocer a alguien así.

Se le notaba el azoro, estaba bastante sonrojado y me sentí muy halagada. Aunque ya había soñado con un momento así entre nosotros, no creí que pasaría tan pronto. No encontraba qué responderle; no sabía si eso es lo mejor o deberíamos esperar un tiempo más.

—Siéndote sincera, no tengo una respuesta ahora para tu pregunta. No sé si podríamos llegar a eso, aunque me encantaría que así fuera, pero prefiero que lo tomemos con calma por ahora y me dejes pensarlo un poco, ¿sí?

—Tranquila Marta, no busco presionarte, sólo quiero que sepas mis intenciones contigo. Sé que va a sonar contradictorio, pero si tú no quieres nada serio conmigo, a mí no me molestaría ser tu juguete sexual. —Me hizo un guiño muy pícaro, algo me decía que aquello no era del todo cierto pero no pude evitarlo y me reí.

—No estaría mal, solo ser por un tiempo amigos con beneficios.

Terminamos la vuelta al parque y me llevó de vuelta a casa. No hablamos mucho durante el trayecto, su despedida fue un beso muy dulce en la frente. Me extrañó un poco, pero ¿qué podía hacer yo?

Yo ni siquiera había tenido una “intención” con él, todo fue muy repentino entre nosotros, y estaba clara que mis fantasías habían sido eso, sólo fantasías. Bueno, no podía negar el hecho de que me gustaba, pero dudo que funcionaría como pareja ahora mismo. Yo tenía que dejar ir muchas cosas antes de comenzar una relación.

* * * *

Eran las 10 de la noche y no lograba dormir. Aún tenía las palabras de Adrián resonando en mi cabeza. Me debatía entre si debía aceptarlo o no.

Aunque no tuve nada serio con Francisco, no implicaba que la obsesión que sentía por él fuera algo muy sano; tenía que sacarlo todo de mí, empezar de cero. ¡Por supuesto, eso no incluía sus regalos! Algo bueno tenía que salir de todos sus maltratos, ¿no?

Sonó el timbre, me puse un suéter y ocultar la camisa de mi pijama de ositos. Me preguntaba quién sería tan tarde. Ángela no llegaría hasta mañana en la mañana, además, se supone que la iré a esperar al aeropuerto.

Era muy tarde para que viniera Adrián. Él últimamente me visitaba mucho, pero solía aparecerse después de las diez de la mañana. Seguían tocando el timbre. Mi sorpresa fue indescriptible cuando al abrir la puerta me encontré con Francisco. Me quedé allí, no sabía qué hacer, me estaba sonriendo.

—Buenos noches, Marta, ¿puedo pasar?

—Ehhh... Me temo que no es un buen momento deberías irte.

—Por favor, será solo un rato, te lo prometo.

—Está bien. Sólo un momento, y que sea rápido por favor.

Me aparte de la puerta y lo dejé pasar. Le ofrecí un poco de agua así que nos fuimos hasta la cocina. Estaba agitado, tenía una expresión un poco preocupada. No entendía a qué se debía su visita, le había dejado bien claro que no deseaba saber más nada de él.

—Leí tu carta. La que me habías escrito, al parecer, meses atrás. La olvidaste en el cuarto cuando te fuiste —dijo, al ver mi cara extrañada—. Déjame hablar hoy a mí, nunca fue mi intención jugar contigo, Marta, y muchísimo menos perder tu amistad por un simple capricho mío.

>>Me comporté como un completo imbécil al aprovecharme de lo mucho que te gustaba. Sí, lo sabía. No te imaginas cuántas discusiones tuve con Verónica por eso. No le gustaba que saliera contigo, y cuando estábamos los tres juntos se enojaba mucho.

>>Nunca hice nada para evitarlo, pensaba que en algún momento lo superaría, porque tú eres mi mejor amiga y eso nada lo iba a cambiar. El día de tu cumpleaños, mientras te acompañaba a elegir la ropa, me fije en ciertas cosas que Verónica me comentó que harías: las hiciste todas.

>>Sonrojarte, coquetearme, tratar de acercarte... Mis sentimientos por ti eran de mejor amigo y allí no había cabida para algo más que una amistad.

Pero en la noche, después de tantas copas, nos acostamos. Me sentía un poco mal por usarte así, y precisamente a ti.

>>No lo niego me encantaron esos días, aunque mi actitud no fue la mejor. Intenté por varios medios que te alejaras de mí, llegando incluso a maltratarte y ahora me arrepiento de ello. Marta lo que trato de decirte es que me gustas, no lo había notado hasta que vi el daño que te causé y lo arrepentido que me sentía.

>>No pensé que irías a buscar tus cosas de una vez, pensé que irías temprano y podría contarte todo antes de que fuera tarde. Pero no volviste ni llamaste. Al ver que no aparecías entré en tu habitación: estaba como si nunca hubieras estado allí, exceptuando por el sobre.

>>Además, debo disculparme por la actitud de mi familia contigo. Valentín te adora, eres como su hermana mayor. No me habló durante varios días después que te fuiste. Me echó la culpa de todo, y claro que tenía un poco de razón, pero no creo que sea motivo suficiente como para dejarme de hablar.

>>En cuanto a mi madre y el resto de mi familia, bueno, ellos se sentían heridos porque terminé mi relación con Verónica. Pensaban que la había dejado por ti. Verás, mi relación con ella estaba arreglada.

>>Nunca te lo comenté por pena a lo que pensarás de mí. Nuestros padres lo arreglaron porque estábamos solos y era conveniente para ellos. Ahora no sabemos qué hacer para quitárnoslos de encima... porque cada quien está enamorado de alguien más.

No sabía que pensar. Nunca, en los tres años que lo llevaba conociendo, había hablado tanto. Quedé muy asombrada por todo lo que dijo, pero más por las cosas que hizo y las que dijo que sintió. Necesitaba tiempo para procesarlo todo.

—Vaya... tenías mucho guardado. Mira, Francisco, acepto tus disculpas y sí me hiciste sufrir, pero tranquilo, aprendí mi lección. Al final entendí que no estaba enamorada de ti como pensaba, sino que estaba enamorada de la imagen que proyectas.

>>Estuve enamorada de un ideal de ti. La verdad es que necesitaba esa dosis de realidad que me proporcionaste. Sí disfrute lo que pasó, pero también

entiendo perfectamente que lo que nos pasó solo fue algo de un rato y nada más.

Su cara se ensombreció a medida que me escuchaba. No lo entendía. ¿Acaso me había perdido algo? ¿No venía a decirme que necesitaba a su mejor amiga de vuelta?

—No te entiendo Francisco ¿Por qué me miras así? ¿Acaso no fue así?

—Hay algo más de lo que quería hablarte, aunque ya respondiste a mi pregunta. Parte de mí espera que sólo hayas dicho eso para lastimarme. Marta, yo comencé a sentir algo por ti. Mejor dicho, creo que ya lo sentía, pero no me daba cuenta de ello. Todos lo notaban menos yo.

>>Marta, estoy enamorado de ti. Hasta que no te vi partir de mi vida no caí en cuenta de ello. Todo lo que pasó en la casa, tú comportamiento... Nunca había conocido a una chica como tú y por idiota hice todo para que te alejaras de mí.

>>Eres la chica de mis sueños. Marta ¿Tegustariateneralgoconnmigo? — Hizo la pregunta tan rápido que no entendí nada. Le pedí que me repitiera lo que había dicho— ¿Te gustaría tener algo connmigo?

La última frase la pronunció muy lentamente. Lo miraba anonadada, no tenía una idea clara de lo que acababa de pasar. Al parecer Francisco acababa de declarármeme aquí, en mi cocina. Había fantaseado mucho tiempo con la posibilidad de algo así y finalmente aquí estaba haciéndolo, nervioso a más no poder.

—Ahm... Déjame entender bien... Me estás diciendo que... que... ¿ahora yo te gusto? —pregunté sarcásticamente.

—Sí. Eso dije, o al menos traté de decirlo. Marta siempre has sido mi mejor amiga y esta semana contigo me han demostrado lo maravillosa que eres y que junto a ti podría ser muy feliz.

—Hay algo que me sigo preguntando ¿qué hiciste el día antes de la fiesta? El día que desapareciste.

—Verónica me llamó para que habláramos. Me debía una explicación,

¿no crees? Pero sólo me llamó porque sus padres no la dejan estar con el chico que le gusta y quiere que mantengamos las apariencias delante de ellos. Sé que tal vez no es la proposición que esperabas pero estoy seguro que si nos los proponemos...

—Creo que lo mejor para ambos es que te quedes con Verónica —dije tajantemente—. Porque evidentemente eso les resulta muy conveniente a todos, menos a mí.

>>Sencillamente ya no me interesas de ese modo; lograste tu cometido principal, hacer que me alejara de ti. Me temo que te quedarás con las ganas de saber cuán feliz podríamos ser. Lo mejor es que cada uno continúe con su vida y si eso es todo lo que tenías para decirme, entonces lo mejor es que te vayas.

Caminé hasta la puerta, y él me siguió, un poco confundido.

—Espero que te vaya bien, Francisco. Mucha suerte—. Le di un fuerte abrazo y cerré la puerta.

Parecía serena y decidida, pero en realidad estaba abrumada después de estos acontecimientos. Dos declaraciones en menos de veinticuatro horas. Debía llamar a Ángela urgentemente. ¡Esto ameritaba una charla de chicas de inmediato!

Mensaje nuevo

De: Francisco

Estoy un poco confundido por lo que acaba de pasar. Me gustaría que pensaras en lo que te dije. Quisiera que me dieras la oportunidad de redimirme por mis acciones. Sólo piénsalo. ¿Puedes?

¿Qué si podía? De seguro ya se había vuelto loco... ¿Ahora sí quería intentarlo conmigo? ¿Qué les estaba pasando a estos hombres? Creo que ambos necesitan una ducha bien fría.

Estaba contando las horas para que llegara Ángela. Intenté llamarla, pero me mandaba a buzón. Estaba muy alterada, debía relajarme. Cancelé la cita con Adrián.

Necesitaba un tiempo para mí, hacer algo para distraerme y poner todo en perspectiva. No tenía amigo a quién visitar ni que vivieran cerca. Ya había hecho las compras. Sólo me quedaba limpiar un poco la casa y lavar mi ropa.

No fue muy arduo el trabajo de la limpieza, y me ayudó un poco a despejar mi cabeza y a ordenar mis ideas. Lo mejor para todos (más importante, para mí) sería continuar soltera. Tenía muy claro mi opinión acerca de la oferta de Francisco; de esa no había mucho que analizar.

Su comportamiento de la semana pasada no me dejaba ningún interés en él, y aunque me prometiera villas y castillos, nada justificaba su comportamiento, ni yo le di pie para que me tratara así. La proposición de Adrián, por el contrario, me atraía bastante.

Me gustaba el hecho de que sólo nos estamos conociendo, aunque él ya tenga otras intenciones conmigo. No creo que necesitara una pareja justo ahora, pero era agradable poder salir con él y estar juntos. De todas formas ya estaban por comenzar de nuevo las clases y no tendría tiempo para más nada.

Creo que mejor esperaré a mañana para hablar con Ángela y saber qué opina, antes de tomar cartas en el asunto. Hoy no quería seguir pensando. Me acosté temprano.

* * * *

Me despertaron unos golpes en la puerta ¿Es que ya nadie respeta el sueño ajeno?

—Sé que te parece sorpresiva mi visita —dijo una voz familiar al otro lado de la puerta, mientras la abría lentamente— porque te había dicho que estaría por fuera todo el mes, pero hace unos días se me ocurrió algo que nos podría ser de mucho provecho.

Era mi padre, quien venía cargado de bolsas del súper mercado.

—Pues sí, me sorprendió un poco papá, pero cuéntame ¿de qué se trata?

—Le he estado dando vueltas al asunto de que necesitas experiencia laboral y más ahora que ya solo te faltan dos semestres para que te gradúes. Creo que te puedo ayudar con eso ¿Te gustaría ayudarme en la empresa? Necesito alguien que se encargue algunas tareas administrativas, y tú un empleo. Así matamos dos pájaros de un solo tiro.

—Tengo que pensarlo, papá, porque la verdad es que quería buscar un ambiente laboral menos familiar.

—Supuse que dirías eso, por lo que vengo con otra propuesta, sólo que esta es de un amigo. ¿Te acuerdas de Marco?

—Hace mucho que no te escuchaba hablar de él. ¿Por qué?

* * * *

No pude hablar mucho con Ángela. Mi padre se quedó a dormir, así que nos acostamos las dos en mi cuarto para poder hablar con más libertad.

—¿Y todo eso sucedió en apenas estas dos semanas que estuve fuera? Recuérdame que no debo dejar de hablarte por tanto tiempo.

Ángela no salía de la consternación, especialmente cuando le conté que Francisco había estado aquí el día anterior.

—¿Cómo se atreve a venir? Ok, entiendo que se quiera disculpar, ¿pero de allí a que se te haya declarado luego de lo que hizo? ¡Por favor! ¿Qué le pasa? Y por si fuera poco te dice que no aún no ha terminado con Verónica, y que probablemente tengas que ser la otra delante de sus padres ¿Qué le pasa a ese hombre? Pero, ya en serio, no sé quién es peor si él o Adrián. O sea, se acaban de conocer.

—Exactamente lo mismo pensé yo. Aunque —No pude evitar que el color subiera a mi rostro—... él sí me gusta...

—Ay... Bueno, tendrás un semestre muy interesante este año con esos dos hombres buscándote —dijo, aguantando las ganas de reír—. ¿Cómo

pasaste de andar toda sola y depresiva a tener a esos comiendo de tu mano?

* * * *

Literalmente tuve que obligarme a mí misma a salir de la cama e ir a clases. Volver a la universidad implicaba ver a Adrián y Fran en algún momento, y justamente hoy era lo menos que quería.

Para mí mala suerte al final de la mañana tendría una clase compartida con ambos. La había inscrito mucho antes de la tormenta, y ahora me arrepiento enormemente de ello. Me hice una idea de lo largo que sería el día, me vestí y salí de casa.

Al primero que encontré fue a Francisco, tomado de la mano de Verónica. Su relación podría ser fingida, pero vaya que sabían interpretar sus papeles correctamente.

Francisco había pasado el resto de las vacaciones escribiéndome mensajes con diferentes grados de dramatismo, rayando en la bipolaridad: un día me hablaba de lo mucho que extrañaba ser mi amigo y al siguiente de lo malagradecida que era por no querer hablarle. Finalmente, luego de no ignorarlo un tiempo, dejó de insistir.

—Marta ¿Qué tal terminaron las vacaciones? —Me saludó como si nada, y eso me hizo enojar, sin embargo no le daría el gusto a Verónica de verme así.

—Pues... bastante bien, en realidad. Pude comer y dormir el suficiente tiempo para tolerar esta tortura de nuevo. —No estaba segura de si hablaba sobre la universidad o de verlos juntos nuevamente, pero creo que aplica para ambos casos.

—Jajaja... Me imagino que es uno de esos días que tienes clases hasta tarde. Algunas cosas nunca cambian —dijo, soltando a su novia y dándome el más dulce de los abrazos.

Probablemente no era lo correcto pero sin duda era lo que necesitaba el día de hoy. Me permití olvidar por un segundo todo lo patán que fue durante las vacaciones.

El día de hoy no quería al chico que había idealizado, ni al que aseguraba sentir algo por mí después de haber arruinado las cosas: sólo quería a mi mejor amigo. Nos despedimos rápidamente, le desee suerte a ambos y me fui a mi siguiente clase.

A Adrián no lo vi hasta mi última clase del día. Se sentó a mi lado y me ofreció una gran sonrisa. Era extremadamente cómodo estar con él, y siempre nos reíamos mucho.

En las últimas semanas había seguido insistiendo con el tema de que fuera su novia, y aunque habíamos tenido alguno que otro encuentro sexual desde que me lo pidió por primera vez, mi decisión de permanecer soltera seguía en pie. No tenía la energía suficiente para pensar en una relación.

—¿Quieres ir al cine al salir de clases?

—No puedo, lo siento. Hoy será mi primer día en el trabajo que me recomendó mi padre. Y realmente, aunque tuviese que presentarme a trabajar, lo menos que me apetece es salir de paseo.

Adrián acepto la respuesta con tranquilidad y me acompañó luego de las clases a mi casa. Pensándolo objetivamente, Adrián era prácticamente el chico perfecto.

Cualquier historia cursi habría estado encantada de tenerlo como protagonista: era el típico chico rudo pero sensible que valoraba de verdad lo que una mujer podía significar, pero yo estaba algo lejos de ese ideal novelesco de protagonista perdidamente enamorada. Aún tenía mucho que descubrir de él, o al menos eso pensaba.

El día casi había acabado solo debía terminar en el trabajo y podría volver a mi pequeña burbuja. Bueno al menos a mi media burbuja, porque desde que había llegado del viaje veía las cosas de manera diferente.

Estaba mucho más cercana a mi padre y era más activa que antes. Angie y yo estábamos tomando clases de cocina, y lo mejor de todo era que al final

de la clase debíamos probar los platillos de nuestros compañeros.

El trabajo de medio tiempo que me había conseguido mi padre era en una oficina, como secretaria. Nada con lo que me ganaría el premio a la mujer más interesante del mundo, pero sí algo lo suficientemente bueno para ocupar mi tiempo y pagarme alguno que otro gasto.

Al llegar al lugar, Marco, un viejo amigo de mi padre y también copropietario de la empresa, me explicó que actualmente el hijo del dueño era quien se encargaba de administrarla luego de la muerte de su padre. Era un genio para los negocios, y al parecer su único defecto era que alejaba a la gente con su carácter.

Tanto socios como asistentes le guardaban respeto y le temían. En solo dos años contaba con una lista por lo menos unas 20 secretarias, y ninguna resistía más de un mes en el puesto. Realmente empiezo a cuestionarme si mi padre me quiere. Su mal carácter, sin embargo, tenía un motivo.

Marco me comentó que mi nuevo jefe dio un giro de 180 grados en su personalidad al perder a su padre. Se me hizo un nudo en la garganta al escucharlo. Sabía bien lo que podía sentirse perder a un ser querido.

Cuando estaba por preguntarle más sobre él, un espectacular espécimen entró en la sala, robándose absolutamente toda mi atención. Era un hombre atractivo, de unos 25 años. Vestía un traje negro de un corte bastante elegante, parecía hecho a la medida, una camisa blanca y una corbata unicolor azul.

Irradiaba sensualidad y elegancia en cada uno de sus gestos, pero sobre todo letalidad: tenía una mirada penetrante y analítica, de esas que parecen mirar hasta tu alma. Si este hombre provocaba en todas el efecto que tuvo en mí, debía tener a toda la empresa muriendo por él.

—Buen día, Mauricio —dijo Marco, extendiendo su mano con firmeza hacia el recién llegado.

—Buenos días. ¿Qué te trae por aquí? No se supone que te reincorporaras hasta la próxima semana.

—Aún no lo hago, sólo vine a acompañar a alguien. Esta de aquí es la chica que te había comentado, mañana se unirá a la empresa como tu

secretaria.

Mauricio no hizo más que observarme de arriba abajo, con un aire arrogante y prepotente. Podía ser tremendamente atractivo, pero sólo eso me bastó para entender por qué nadie lo toleraba.

—¿Realmente eres mayor de edad? —dijo finalmente, mirándome a los ojos con seriedad.

—Sí, me llamo Marta y soy estudiante de...

No había terminado la oración cuando Mauricio sacó su móvil para hacer una llamada, haciéndome un gesto con la mano para que me callara. No se requería ser adivino para notar que yo no le parecía adecuada para el trabajo en lo absoluto.

—Aló ¿Anthony? No cierres la búsqueda todavía. Sí, estoy con ella. No creo que aguante más de una semana.

Hice un esfuerzo considerable por cerrar la boca después de sus palabras, mientras que él parecía totalmente insensible al respecto. Se dio media vuelta, aun con el teléfono al oído, y entró a un cuarto que presumí debía ser su oficina.

Este trabajo será interesante, por no decir frustrante a más no poder. ¿Cómo se atrevía él a decir esas cosas sin siquiera conocerme? Como fuese, no pretendía darle el gusto de verme fuera.

* * * *

Mi relación con Mauricio hizo todo menos mejorar durante estos meses. Nunca había conocido a una persona tan... tan cuadrada. Para él todo tenía un método y un sentido. Cada cosa tenía que estar de la forma y manera que él le gustaba: las hojas en la misma posición, el chaleco siempre negro, la camisa siempre blanca.

Si tuviera que describirlo, diría que es un hombre de constantes, pero

también de sinceridad. Por supuesto, siempre parecía que los conceptos de sinceridad y crueldad eran una amalgama en su ser.

Yo, por otro lado, me volví la piedra en su zapato, rebatiendo cada crítica que hacía y devolviéndole otras a la vez con la suficiente cordialidad como para que no pudiera despedirme.

Incluso hice un complot con el resto de mis compañeros de oficina para regalarle (aprovechando las festividades navideñas) una corbata de un color diferente a la roja que siempre lucía impecablemente.

La mía incluso tenía puntos, algo que pensé que sería intolerable para la estructura perfecta del mundo de Mauricio, hasta que lo vi abrir el regalo y ponérsela de inmediato. Fue la primera vez que lo vi salirse de la rutina.

En la universidad las cosas se calmaron un poco. Fran por fin desistió en su intento por arreglar las cosas y continuó hablándome como un amigo más, aunque la relación nunca volvió a ser lo de antes. Solíamos vernos con regularidad, aunque siempre en compañía de su “adorada” novia.

Con Adrián, por otro lado, las cosas seguían siendo peculiares. Habíamos pasado de las citas ocasionales a intentar cosas nuevas, sin embargo, todavía me sentía un poco abrumada por la velocidad de las cosas.

Hoy pasó buscándome para cenar juntos. Me había dicho que tenía algo que proponerme, pero decidí no darle importancia al asunto. Últimamente me siento muy presionada por él.

—Ya tenemos algún tiempo saliendo, Marta. No veo que tendría de malo que conozcas a mis padres. —dijo luego de explicarme que no cenaríamos solos.

Algo en sus palabras me hizo sentir mal. Fue como si todo se derrumbara por un empujón más fuerte de lo debido. Me pareció una jugada sucia de su parte, porque él sabía muy bien que si no le había dado una respuesta era porque no estaba segura. Mejor dicho, no quería tener ese tipo de compromiso con alguien.

—No soy tu novia, Adrián, y la verdad no me gustaría tener un momento incómodo con ellos.

Algo en aquellas palabras lo había herido profundamente y en cuestión de segundos estábamos teniendo una batalla campal frente de su moto. En un minuto estábamos hablando de lo linda que era la navidad y al minuto siguiente yo entraba en mi casa dando un portazo que debió alarmar a más de un vecino.

* * * *

—Teníamos reunión hoy, Marta.

—Lo sé, Mauricio, lo sé. —Mi tono de voz era más impaciente de lo normal mientras me frotaba la frente con las manos para contrarrestar el dolor de cabeza que amenazaba con atacar próximamente.

—Bueno, dado que no llegaste a tiempo y nadie más se ofreció, serás quien me acompañe al meeting que tendré pasado mañana en España.

—¿Qué? ¡Pero es un día antes de navidad! ¡No puedes hacerme esto, Mauricio!

—Lleva suficientes abrigos, iremos a un lodge en Aramón Cerler, una estación de esquí que le gusta mucho a los ejecutivos de Malvia. Me permito recordarte que el seguro de la compañía no cubre enfermedades ni accidentes en estas fechas, así que toma las precauciones necesarias.

Por supuesto que a él le interesó un pepino la fecha. Ahora tenía apenas un día para preparar todo, debía cancelar los planes con mi padre, y todo por un trabajo. Al menos la paga era buena. Creo que se sentían culpables por todo lo que debía soportar alguien en mi posición.

El vuelo duró unas horas. Era la primera vez que salía del país, y lo hacía por trabajo. Bueno, no es que me importara mucho, pero algo me decía que no tendría tiempo para disfrutar de los hermosos paisajes nevados.

—¿Nos quedaremos en la misma cabaña? —pregunté a Mauricio, mientras revisaba el itinerario del viaje.

—Es la única disponible.

—Pero es que... Señor, ¿está seguro que la gente de la agencia investigó bien en los hoteles de la zona? ¿No queda ni siquiera una pequeña habitación en otro lugar?

—Ya nos dijeron que no ¿Acaso tienes 5 años? ¿Qué tiene de malo estar en la suena misma cabaña?

Esa era una pregunta que no estaba segura de saber cómo contestarle sin sonar grosera. Entre su obsesión por el detalle y la rutina, así como su inexistente sensibilidad por el otro, realmente pensaba que Mauricio no sería el mejor compañero.

Eso, por supuesto, agregando el hecho de que probablemente era el ser humano más sensual y atractivo que había visto alguna vez. Sí, en definitiva a una situación complicada.

Una vez que nos establecimos en la cabaña, todo fue un caos. Nos llamaron de la empresa para avisarnos que los contactos de Malvia no llegarían hasta el día siguiente, así que tendríamos el día libre.

El problema es que un día libre junto a Mauricio significa tener que repasar y revisar uno a uno cada detalle de la reunión. Una vez que estuvo conforme, el problema fue dónde dormir, y soportar unas cuantas horas de incomodidad desde el momento que terminamos todo, hasta que pudiera descansar.

Lo único bueno es que en algunas horas terminaría todo. La reunión estaba pautada a primera hora, y lo más probable es que al mediodía tomemos un vuelo de regreso.

Por supuesto, como todo en mi vida, nada sale bien a la primera. Cuando intentamos salir de la cabaña, la puerta estaba sellada con una gruesa capa de nieve.

Por lo poco que pudimos escuchar en la radio, a medianoche hubo una fuerte tormenta, y ahora estamos atrapados sin posibilidad de que nos rescaten durante las próximas horas.

Lo bueno es que estoy segura que estos hoteles tienen equipos preparados para este tipo de acontecimiento, lo malo es que perderemos la reunión y Mauricio se pondrá insoportable.

Gracias al cielo teníamos suficiente comida para pasar el día. Aunque Mauricio estaba ligeramente molesto, mantuvo la cabeza fría y logró llamar por teléfono a tres personas para avisarles de nuestra situación antes de que el teléfono se quedara sin batería.

Insultó en varios idiomas al darse cuenta que la radio funcionaba con baterías, y la tormenta había dañado el sistema eléctrico de la casa.

—Necesito tu teléfono. —dijo con frialdad, ignorando el sándwich que le ofrecía.

—Se quedó sin batería anoche —respondí, encogiéndome de hombros mientras terminaba mi desayuno.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? Estamos encerrados, sin electricidad ni móviles, y no sabemos hasta cuando lo estaremos.

—Como yo lo veo es algo que escapa de nuestras manos, y no tiene sentido alterarse. No podemos simplemente decirle al cielo que deje de nevar por que Mauricio va a ir a una reunión importante.

—Pues debería.

Tomó su sándwich, molesto, y salió de la cocina. En el transcurso del día casi no hablamos y yo me aburría. Hice algo para almorzar, y el olor pareció calmarlo un poco.

No pude evitar pensar que era un hombre, después de todo. A medida que anochecía el frío aumentaba considerablemente, extinguiendo nuestro buen humor. En pocas horas sería navidad y no estaría en casa.

Era la segunda navidad que pasaba sin mi madre y al menos quería la compañía de mis amigos y mi padre. Desde que mi madre murió las celebraciones no eran lo mismo, pero ésta en particular la esperaba con ansias: estaríamos Ángela, su familia, mi padre y yo. Bueno, ya no.

—lo lamento, Marta. —No esperaba que Mauricio conociera esas palabras. Lo dijo en voz baja, pero con su firmeza característica. Mejor dicho, su determinación característica. ¿Qué estaba pensando, para hablar con esa convicción?

—¿Qué lamentas?

—Haberte traído hasta aquí. Por mi terquedad es muy probable que no puedas estar con tu familia, y estoy al tanto de lo de tu madre. Sé que estas fechas deben ser complicadas para ti y para tu padre.

¿Mauricio estaba siendo sensible? No lo podía creer. Se levantó de su lugar y se sentó junto a mí, en el suelo frente a la chimenea.

—N—no podías saber que esto pasaría, tranquilo...

—Es cierto, pero pude haber viajado solo. No necesitaba un acompañante pero sí quería uno. Estas fiestas para mí no representan nada pero para ustedes deben ser importantes. Yo no tengo con quien pasar estas fechas, Marta. Desde que murió mi padre para mí es un día más.

Debía dolerle mucho, para que se abriera a mí de esa forma. Lo observe detenidamente sin poder apartar la mirada. En sus ojos ya no veía la letalidad de la oficina ni la prepotencia a la que estaba acostumbrada, sino que me encontré con un hombre que se sentía y estaba muy solo.

Su soledad me recordaba a la mía. Sabía cuán complicadas se volvían las fechas importantes cuando no estaban nuestros seres amados con nosotros. Entendía parte de su dolor y en ese instante sentí y padecí tanto como él.

Sin previo aviso acercó su mano a mi rostro y me acarició suavemente la mejilla. No pude evitarlo, cerré los ojos para sentir su calor y finalmente me besó: un beso lleno de emoción y de necesidad que nos consumía a ambos. Sus manos eran las de un experto que solo tocando mi cuello sabía prenderme.

Instintivamente profundicé el beso y empecé a desabrocharle la camisa. Necesito sentirlo en este momento casi tanto como él a mí. Me acercó a su

cuerpo, besando con sensualidad mi cuello antes de detenerse en mi oído.

—Sabes que seguiré siendo el mismo imbécil después de esto ¿verdad?
—Si fuera un poco más ingenua diría que él lamentaba que aquello fuera cierto.

—No espero otra cosa —respondí, besándolo más y más. Al menos esta vez había sinceridad, a diferencia de con Francisco. Con Mauricio los papeles eran claros, no tendría que despertar al día siguiente y preguntarme con cuál versión me encontraría

Fuera como fuese, no quería detenerme y esta vez no era por los efectos del alcohol ni producto de un deseo que tenía años sin recibir respuesta. Esta vez era simplemente porque lo deseaba, quería aliviar su melancolía y que él aliviara la mía de cualquier forma, sin importar lo que pasara al otro día. Quería tenerle.

Casi no pude sentir como me desvestía, sus manos iban de un lado al otro a la vez que me besaba. Lo quería cerca cada vez más cerca, así que rodee su cintura con las piernas y mientras que él colocaba sus manos en mi trasero desnudo y me movía con lentitud sólo para provocarme.

Su cuerpo era aún más perfecto de lo que había imaginado: cada hendidura, cada músculo, parecía estar esculpido por los dioses, y sin embargo él miraba mi común cuerpo con tal deseo que me hacía temblar. Estaba lejos de ser una santa, es cierto, pero en mis 21 años nadie me había mirado de aquella forma.

Se tomó el tiempo de besar, tocar y atender todas las partes de mi cuerpo que pedían su atención. Cuando mi excitación había llegado al límite me dio la vuelta y se introdujo dentro de mí, tomando mis caderas con sus manos mientras me penetraba con fuerza.

Al terminar nos quedamos dormidos usando como sábana la ropa que nos habíamos quitado. Ya no había frío, sólo el tibio calor de su cuerpo mientras me acurrucaba junto a él.

Cuando despertamos la nevada había terminado, y el equipo del hotel por fin venía a rescatarnos. El único problema es que estábamos desnudos en medio de la sala y ellos estaban allí, mirándonos sorprendidos desde la

puerta.

—¿Se les ofrece algo?— dijo Mauricio, con un tono imponente pero amable, que buscaba dejar claro que debían mantener la compostura y retirarse sin seguir observándonos.

Los gerentes se disculparon antes de retirarse rápidamente y nosotros nos vestimos antes de que nos diera hipotermia. Después de eso todo fue sencillo: la reunión transcurrió sin problemas a pesar de que fui incapaz de recordar una sola cosa. Mauricio manejó todo con su natural elegancia.

El viaje de regreso fue igual de silencioso que el de ida, y llegamos al aeropuerto sin nada digno de mención.

Mauricio me llevó personalmente hasta casa de mi padre y pese a mis insistencias no quiso quedarse a pasar la navidad con nosotros, asegurando que las relaciones sociales no eran lo suyo, cosa que no dudaría ni un segundo luego de trabajar con él tanto tiempo.

Estaba disfrutando de la celebración familiar cuando mi teléfono sonó con un mensaje. ¿Podría ser él? No, no lo era.

De: Adrián

Buenos días, Martita. Lamento que estés molesta conmigo y espero que estés pasando una muy Feliz Navidad. Te quiero

Me había olvidado por completo de Adrián ¿Qué rayos me pasaba? ¿En qué momento me convertí en una zorra? Adrián es un chico muy lindo que me trata bien, que asegura verme como la chica de sus sueños y se preocupa por mí, mientras que yo me acuesto con el jefe idiota, que está como un tren pero no deja de ser un imbécil el 90% de las ocasiones. Incluso él lo aceptaba.

En la noche no me aguante más y se lo conté a Ángela.

—No me esperaba eso de ti... En menos de un año te has acostado con tres potenciales dioses del olimpo. ¡Debes decirme ya mismo cómo consigues que esos hombres se fijen en ti!

—Shh... Me siento como una zorra, Ángela. Adrián está muy enamorado

de mí, y yo me acuesto con mi jefe sin haber aclarado si quiera lo que siento por él.

—Vamos. Chica... Ustedes en realidad no son novios y desde que estás trabajando casi ni salen. ¿Cuánto tiempo llevan saliendo? ¿Tres meses? Si quisieras algo con él, ya le hubieses dicho que sí. Mauricio, por otro lado, ha sido el foco de tus conversaciones desde que lo conoces.

—¡Porque me hace la vida imposible! ¡Totalmente imposible! Además, él no está en absoluto interesado en mí, son sólo que cosas que sucedieron.

—Ajá... Cosas que sucedieron. Supongamos que te creo. Igual tienes que hablar con Adrián, ese chico está sintiendo cosas muy intensas por ti, y es mejor que aclares todo con él cuanto antes.

* * * *

No quería ser como las novias de Francisco, así decidí hablar con Adrián y decirle todo lo que pasó.

—Marta, quiero dejar de salir contigo —dijo, tan pronto nos encontramos. ¿Se habría enterado? No, eso era imposible. La única que sabía era Ángela, y sé que ella no me traicionaría así—. Me queda claro que tú no quieres lo mismo que yo, y aunque me encantes, ya no quiero seguir esperando.

—Yo... no me esperaba esto, Adrián. De verdad que no me lo esperaba, pero... estoy de acuerdo contigo. Deberíamos dejar de vernos —La decepción se hizo presente en su rostro casi al instante.

—Yo tampoco me esperaba que lo aceptaras tan bien, en realidad. Sigue en pie mi propuesta por ser tu juguete sexual. —Y sonrió, recordando una vieja broma. Típico de él, siempre tratando de ocultar su angustia para no hacerme sentir mal.

No sabía cómo sentirme. Por un lado me aliviaba no haber tenido que explicar mi pequeño momento con Mauricio, pero por otra parte, llevaba

bastante tiempo saliendo con Adrián y me dolía que fuese él quien estuviera terminado conmigo.

Al llegar a la oficina no sabía qué esperar, aunque sabía que era lo que no tenía que esperar: ninguna reacción diferente de parte de Mauricio. Para mi desgracia me lo encontré en el ascensor tan pronto entré al edificio.

Estuve a punto de esperar otro ascensor, ya que me sentía todavía mal por lo que había sucedido esa mañana con Adrián, pero él sujetó la puerta con su mano para que pudiera pasar.

—Sube, Marta. Llegarás tarde si esperas otro, y necesito que estés presente en una de las primeras reuniones, para variar.

Ya veo que hablaba en serio cuando dijo que seguiría siendo el mismo imbécil. La oficina estaba en el piso 23 y casi nadie usaba ese ascensor lo que aseguraba un viaje largo.

—¿Estás bien? —Mauricio me miraba. Levanté una ceja extrañada y asentí lentamente con la cabeza. —No me sirves si estas distraída, y no tienes buena cara.

—El chico con el que estaba saliendo “terminó” conmigo porque no me decidía a tener una relación más seria con él —dije antes de poder evitarlo. No había necesidad de estarle contando mi vida personal a mi jefe, mucho menos si, según él, seguimos nuestras vidas como si nada.

Sin previo aviso detuvo el ascensor y se acercó a mí, eliminando cualquier rastro de límites profesionales entre nosotros.

—Perfecto. Entonces sal conmigo Marta.

—¿Ah? Pensé que seguiríamos con nuestra vida como si nada hubiese sucedido. ¿Qué sucedió con esa ética profesional intachable de hace unas semanas?.

—¿Tienes miedo? —Su cercanía era sofocante y la tensión sexual podía cortarse con un cuchillo. Se acercó más, podía sentir su respiración en mi oreja— Sal conmigo.

—No me digas que eres un acosador —bromeé.

—Sí, y tú una miedosa. Sería perfecto salir. Vamos, Marta, no te pongas intensa, sólo serán dos adultos teniendo una cita, buscando conocerse.

No estaba segura si era algo en su indiferencia ante mi situación, o una recién adquirida curiosidad en mí, pero acepté. La invitación no era para nada ostentosa: iríamos al parque principal de la ciudad y andaríamos por los alrededores toda la tarde, charlando.

Lo moleste un rato comentándole que no me podía imaginar a un pingüino como él, tan recto y de traje, en un parque lleno de animales.

No se lo dije, pero me imaginaba sus reacciones cuando no sentáramos en el césped y su pantalón se llenara de hormigas. ¿Saldría corriendo por el lugar, o siquiera se sentará en el piso, para no arrugar su traje?

Para mi sorpresa eso no fue en absoluto lo que pasó. Detrás de ese traje negro y cuadriculado había un joven de veinticinco años que usaba blue jean y se acostaba en el piso a contemplar el cielo. A diferencia del tenso ambiente de oficina, aquí en el parque las conversaciones salían de forma fluida.

—Cuando pierdes a alguien, ¿en algún momento deja de doler? —dijo de pronto, calmado y mirando las nubes. —Cuando perdí a mi padre me molesté mucho tiempo con el mundo.

Me aislé de todos, Marta, y luego un día comprendí que ese dolor no lo traería de vuelta, así que decidí usar esa energía y enfocarla en algo que si pudiera cambiar, por eso es que busco siempre ser el mejor.

Escuchándolo y viéndolo así, me di cuenta de que eso era justo lo que quería en mi vida; no quería al caballero de brillante armadura, ni al imbécil que no me valorará.

Quería a alguien maduro y tranquilo que no intentara verme como la chica de sus sueños, ni pusiera la impresión de los demás antes que nuestra relación. Alguien que sólo quisiera ser parte de mi vida, al igual que yo de la suya y que entendiera mis dolores pero me impulsará a ir más allá de ellos.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Haz click aquí

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

J*did@—mente Erótica

BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario
— Romance Oscuro y Erótica —

La Celda de Cristal
Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso
— Romance Oscuro y Erótica —

“Bonus Track”

— Preview de *“La Mujer Trofeo”* —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin—tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin—tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de

tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin—tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir

jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win—win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin—tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufá y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin—tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.